

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 222
ISSN: 0188 - 381X

C A O S





punto
de partida

No. 222

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: Eduardo Cerdán
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Asistencia de diseño:
Vera Granados Orendain
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura, Zona
Administrativa Exterior, Edificio C, primer
piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad
de México, 04510.
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de
México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado
de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.

Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

JULIO — AGOSTO

EDITORIAL

CAOS

CARRUSEL

CRITICÓN

TINTA SUELTA

Editorial	5
<i>Excusas para llegar tarde.</i> Ian Ballardo Oviedo	8
<i>Armisticio (fragmento).</i> Zoé Méndez Ortiz	10
<i>Los (otros) desaparecidos.</i> José Luis Zapata	15
<i>Isoglosas.</i> Fredy Villanueva	19
<i>La vecina se ha vuelto loca.</i> Adrián Hernández Noguez	22
<i>11:12.</i> Joan Malinalli	25
<i>De fuegos, corridas y explosiones: los toros de Tultepec.</i>	
Omar Castro Guadarrama	26
<i>Malachias Geiger.</i> Miranda Bonfil	31
<i>Instructivo uno. Loterías.</i> Adriana Ventura	32
<i>Hedor.</i> Natalia Conde	36
<i>Trepanar el fragmento.</i> Arturo Molina	38
<i>La esfinge de zapatillas turquesa.</i> Luis Romani	41
<i>Empedrado.</i> Mad Max	45
<i>Amapola.</i> Ana Escalante	46
<i>Schadenfreude, del gen egoísta y la fuente de todo mal.</i>	
Fernando Vanegas	49
<i>La reclusión del caos: cuatro planos generales.</i>	
Héctor Justino Hernández	55
<i>Lo mismo de siempre.</i> José Arturo Cauich Canto "Cac"	61
<i>Plegaria del grillo.</i> Josué Ledesma	64
<i>Puelche de despedida para Luis Sepúlveda.</i> Mariana del Vergel	65
<i>Anudar la carne, expandir la sensación.</i> Valeria Aguilar Altamirano	68
<i>Marina Perezagua o los arrullos de la guerra.</i> Eduardo Cerdán	75
<i>La culpa de ser madre.</i> Casandra Paris León	77
XVII Concurso de Crítica Teatral Criticón / Teatro UNAM	
<i>Artaud, el peso que flota en un nombre.</i> Fabián Ávila Elizalde	80
<i>Desconcierto matutino o: cómo el mundo existe conmigo y sin mí.</i> Fernando Arteaga	83
Colaboradores	87



Yola Reyes (Ciudad de México, 1987). Fotógrafa. Estudiante de la licenciatura en Arte y Comunicación Digitales en la UAM-Lerma.

Actualmente trabaja con diversos grupos pertenecientes a la Compañía Universitaria de Teatro (UAEMex), colabora con Aleph Multimedia y es parte del colectivo #UnoMás.

 [yoladaisuke](#)

 [Yola Reyes – Fotografía](#)




CONTRAPORTADA



Ángel Téllez (Pachuca, 1997). Fotógrafo.

Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPys UNAM. Obtuvo mención honorífica en Fotografía en el Concurso 50 de Punto de Partida.

 [cramógrafo](#)



Editorial

¿Cuándo comenzó el caos?, ¿antecede a *todo*? Si tiráramos del hilo, ¿comprenderíamos el extremo al que está atado? Cuando escuchamos que había surgido una enfermedad al otro lado del mundo, lejana, pensamos en días sombríos antes que en un tornado. Algo que no está vivo ni muerto ha puesto a temblar a una especie, atrapa nuestra energía, es un centro que es origen, pero no sentido. Ese punto de 125 nanómetros que llegó a desordenarlo todo nos mantiene en una cuarentena que amenaza con reiniciarse en cualquier descuido; estamos, como diría Mariana Enriquez, en un estado de pánico puro, de duelo. De un día para otro mudamos nuestra vida entera a la casa, en un intento por mantener nuestros mundos lo más cercanos a lo “normal”. Por más de tres meses lo impredecible se ha vuelto cotidiano y el caos exterior ha trasminado nuestros poros, nuestra mente y nuestras pantallas.

El origen de este caos es uno solo; no obstante, el caos no es igual para todos: puede sentirse en una multitud descontrolada o en la estridencia implacable de nuestros pensamientos. Con la intención de explorar esas expresiones elegimos dedicar esta edición al CAOS. La respuesta fue nutrida en géneros e ideas, por lo que nuestro *dossier* es más extenso que de costumbre.

Los ciudadanos saben que un imprevisto puede retrasar la jornada, pero ¿qué pasa cuando absolutamente todo se descuadra? Ian Ballardo Oviedo inaugura este número con “Excusas para llegar tarde”, un poema que pone al universo de cabeza. Zoé Méndez Ortiz crea una atmósfera melancólica y amorosa en un fragmento de *Armisticio*, obra teatral que mezcla el caos político y personal. “Los (otros) desaparecidos”, de José Luis Zapata, retrata los efectos colaterales de un trauma nacional que nos arrincona entre la culpa y la supervivencia. Le sigue el poema “Isoglosas” de Fredy Villanueva, quien interpreta el caos a través de lo que se juega en los límites de las palabras. Al cuento “La vecina se ha vuelto loca”, de Adrián Hernández Noguez, lo protagoniza la confusión de una inadvertida y escalofriante presencia. Joan Malinalli nos recuerda con su poema “11:12” que basta un instante para cambiar todo. Continúa una danza de chispas y alaridos en la crónica “De fuegos, corridas y explosiones: los toros de Tultepec” de Omar Castro Guadarrama; mientras que los versos de “Malachias Geiger”, escrito por Miranda Bonfil, transmiten la impotencia de sentirse atrapado en la melancolía. Le sigue un poema de Adriana Ventura: “Instructivo uno. Loterías”, que ensaya la relación entre el caos, el juego, el azar y el destino. “Hedor” de Natalia Conde es un cuento cuyo sello es la desesperación y la muerte. En “Trepanar el fragmento”, Arturo Molina hace una radiografía de las sensaciones que retumban en la mente y la ensordecen. Luis Romani y Ana Escalante,



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



DRAMATURGIA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

autores de “La esfinge de zapatillas turquesa” y “Amapola”, respectivamente, recrean escenas catastróficas y dolorosas. En el poema “Empedrado”, de Mad Max, un personaje es perseguido por la tormenta de miradas que juzgan cada uno de sus pasos. “Schadenfreude, del gen egoísta y la fuente de todo mal” es un cuento que nos llega desde Chile, obra de Fernando Vanegas, autor venezolano que narra cómo una pequeña descubre el origen de la desventura. En “La reclusión del caos: cuatro planos generales”, Héctor Justino Hernández hace un recuento de obras literarias y cinematográficas en las que el encierro ha sido el *leitmotiv* y que pueden ser una brújula en este tiempo. Cierra este *dossier* “Lo mismo de siempre”, una minificción trágica de José Arturo Cauich Canto “Cac”.

Carrusel comienza con “Plegaria del grillo”, poema de Josué Ledesma. En *Hereditas Mariana del Vergel* dedica “Un puelche de despedida para Luis Sepúlveda” con unas postales que trazan la calidez y fraternidad del recién fallecido escritor. Para este *Entre Voces* Valeria Aguilar Altamirano entrevistó a Aura Arreola, fundadora de la *Sociedad de Carne y Hueso*, quien hizo una propuesta performática para reconectar con el cuerpo y el erotismo en estos tiempos de encierro; agradecemos a Sandra Blow por las fotografías que acompañan este texto. En *Bajo Cubierta* encontrarán: “Marina Perezagua o los arrullos de la guerra” reseña escrita por Eduardo Cerdán, y “La culpa de ser madre” por Casandra Paris León. En sintonía, publicamos “Artaud, el peso que flota en un nombre” de Fabián Ávila Elizalde, ganador del XVII Concurso de Crítica Teatral Crítico.

Los versos en *A contraluz* son de Josu Roldán Maliachi y la ilustración de Jessica Vázquez Enamorado. En *Tinta Suelta* Fernando Arteaga comparte una narrativa visual con la que muchos nos hemos sentido identificados estos días. A ellos y a Liino Thorien, Blanca Alaníz, Karina Santiago, Ely Granados, Erika Arias Franco, Adhara Miguel y Salvador Cortazar “Ruzski” les agradecemos compartir con nuestros lectores el flujo de su tinta.

Espero que en las creaciones que recorren estas páginas encuentren un espacio de calma que apacigüe los tiempos tormentosos que vivimos. 📍

Aranzazú Blázquez Menes



Ángel Téllez. De la serie *Cotidianidad metropolitana*

Excusas para llegar tarde

IAN BALLARDO OVIEDO

Mi alarma no despertó a Dios
 y Dios se levantó con el pie izquierdo... y dijo: “Hágase el colapso”, y hubo colapso
 Esa mañana (no hay olvido para las tragedias, Homero)
 hubo una trompeta en lugar de gallos.
 Hasta el sol sintió desprecio por ese día:

Las almohadas tuvieron pesadillas (Imagínate, Freud resucitó y quemó sus libros)
 y las camas tenían epitafios en la cabecera.
 Despertamos en el borde de los rascacielos

(Algunos cayeron para buscar su pantufla)

Los pantalones anhelaron ser bufandas
 y para hablar, abrir la cremallera

(Lo peor: era lunes.

Los calendarios se suicidaron en domingo)

En mi ducha el agua tenía miedo de mojar.
 Me vestía con un cuerpo que me desvestía
 y la desnudez recordó el Paraíso

Las escaleras me bajaban hacia arriba.
 El refrigerador devoró mi desayuno.
 Y con un golpe, el cojo fue mi hermano:
 Mi dedo pequeño golpeó con un arrecife.

(Si las casas ya eran implosión, espera la ciudad...)

Llegar a la esquina como un maratón
 porque el asfalto era de caminadora

Mi perro desenterraba huesos en mi cuerpo.

Había tortugas de doble remolque.
 Un tráfico de asteroides con motores averiados.
 La autopista de escasos milímetros

asfixiada en algún cuello de botella
 (Próxima estación: Indios Verdes.
 Hora pico de pájaro carpintero)

El metro se colocaba canicas de repuesto.
 Los vagones tenían problemas estomacales (Diarrea de humanos en cada estación)
 En las frentes servían tarros de sudor
 y por su instinto de lombriz el metro terminó siendo mariposa.

Sobrevivencia del Apocalipsis cotidiano

y en el final de los finales
 el Capitalismo con el reloj en mano:
 Tardanza de sólo un minuto

Todos fueron despedidos.



Armisticio

(fragmento)

ZOÉ MÉNDEZ ORTIZ

Liino Thorien. Serie *Parece que va a llover*

1968, EL INICIO PRIMERA DE 4 PARTES

Personajes

LORENZO RODRÍGUEZ: Padre de Bastien. Marido de Sara
 BASTIEN BREMOND: Hijo de Lorenzo y Sara
 SARA OLEA: Madre de Bastien. Esposa de Lorenzo

RODRÍGUEZ: Ella estaba entre la multitud.

OLEA: Él junto al asta bandera gritando que lo único que querían era REVOLUCIÓN —así, en mayúscula y con todas sus letras—.

R: Ella levanta el brazo y repite la frase en señal de acuerdo.

O: Pudo haber volteado a cualquier otro lado y sin embargo...

R: Sin saber bien qué buscaba, me encontré con Sara.

BASTIEN: César Tirado y Roberto Escudero se levantan. El último tironea a Rodríguez, quien entiende, igual que el resto del contingente, que hay que empezar a moverse.

O: Tu abuelo baja del entarimado y se mezcla entre la gente.

B: Rodríguez y Olea ya se andaban buscando. “Desde hace varias vidas”, dice Sara cada vez que cuenta la historia.

O: El contingente avanza por la Plaza de la Constitución y nosotros quedamos estacionados en el centro del mundo. ¡Nuestro mundo!

R: Todo, durante los sesenta, fue culpa de la minifalda.

O: Ya nos dejaron atrás.

R: Quizá hemos quedado al frente de otro contingente, uno nuevo, diferente. Propio.

B: Era verdad. Sara y Rodríguez no volvieron a unirse a ese grupo. Ni a ningún otro. Al menos no esa tarde. El 2 de octubre de 1968, estando juntos, se convertían en familia.

O: Fuimos a su casa/

R: Debimos de pasar por esa misma calle cientos de veces aquella última primavera, cada uno por su lado y a horas diferentes.

O: Esa tarde la recorrimos juntos por primera vez.

R: Y después, una infinita cantidad de veces más, durante el tiempo que estuvimos juntos.

O: Nadie llevó la cuenta.

R: Sara era joven, hermosa, con toda la vida por delante, pero con el futuro oscuro.

O: ¿Estás seguro de que es aquí y no allá afuera donde prefieres estar?

R: Van a estar bien. Ya saben lo que tienen que saber. Eres tú quien debe pensarlo. No te espera nada grande conmigo.

O: Me miró melancólico, esperando a que saliera por la puerta después de haberlo escuchado, pero a mí no me importó la sentencia de un futuro incierto y desastroso. De cualquier forma, estando con él o allá afuera lo único que podía esperar era caos.

R: La noche se hizo corta, nos consumimos junto con ella. Al despertar teníamos dos noticias, ambas irremediables. La primera era que nos queríamos.

O: La segunda llegó por todas partes, como proyectil que se fragmenta mientras viaja.

R: La ciudad había amanecido con un incuantificable saldo rojo en las calles.

R: Tenemos que irnos. Un par de meses. En lo que las cosas se calman. Ten, cuida esto.

O: ¿Una caja de zapatos?

R: Es todo lo que tengo. Te lo dije anoche. No tengo nada más que ofrecerte. Puedes pensarlo de nuevo y elegir quedarte.

B: Él tenía un sedán en el que Sara subía y bajaba sin cuestionar nada. Sonreía nomás.

O: Manejaba hasta que al auto se le terminaba la gasolina o ambos necesitábamos un lugar más cómodo que los asientos para descansar.



R: No podemos volver. Me están buscando.

O: ¿Y a ti por qué?

R: Estuve mucho tiempo con esa gente. Nos están buscando a todos.

O: Tú no hiciste nada/

R: Hice más de lo que debía.

O: No estabas ahí esa noche/

R: Eso no lo saben, ni les importa. En cuanto me encuentren/

O: Estabas conmigo, yo soy tu testigo, puedes decirles eso.

R: Estás enamorada...

O: ¡Eso qué importa!

R: ¡Y embarazada del prófugo acusado! ¡¿Por qué no habrías de mentir para tratar de salvarme?!

O: No mentiría.

R: ¡ELLOS NO LO SABEN!

B: Quizá sean las hormonas, o tal vez Sara empieza a entender que se equivocó. No sabe qué hacer con su existencia ni con la del niño que viene en camino. Ay, Rodríguez, ¿qué hiciste? Mira en qué lugar viniste a meterte... y con ella.

R: Yo no quería que nada de lo que pasó sucediera.

B: Tampoco te importó demasiado. Te habrías quedado hasta el final de otro modo.

R: Nadie quería escucharme.

B: Tampoco quieren oírte ahora. Aunque se mueren de curiosidad por saber a quién traicionaste primero.

R: No voy a volver. No puedo. Júrame que no vas a decirles en dónde estoy.

B: Yo te encontré sin andarte buscando. Qué te hace pensar que ellos no lo van a lograr.

O: No puedo recordar cuántas veces me dijo: "Ya, ya mañana nos vamos de este lugar".

B: Sabías que te mentía, ¿por qué decidiste quedarte?

O: Pensaba en Mateo.

R: Con su llegada, Sara acariciaba de cerca la expectativa de un mundo mejor, pero con sólo siete meses de vida, él decidió que éste no era el lugar en el que quería estar.



B: Culpable, hecho mierda y con el recuerdo permanente de su primer hijo muriendo entre sus manos, Rodríguez volvió a subir todo al sedán, metió el cuerpo de Mateo a una hielera y, junto con Sara, regresó, pese a todo, al Distrito Federal.

O: Mi madre nos recibió con todos los años del mundo encima. Había dedicado cuerpo y alma a buscarme durante los últimos 17 meses de su vida. Yo era todo lo que le quedaba.

R: En el recorrido que suponía aquella búsqueda, Aurora tropezó con Bastien Bremond.

O: O quizá, aquel exiliado político francés, convertido en docente de idiomas y aliado a una pequeña célula de la resistencia, la encontró a ella.

R: Como haya sido, fue él quien nos ayudó.

O: Primero a que Mateo ocupara un lugar en el registro público y, por tanto, en el mundo. Más tarde habría que ocuparse de los gastos funerarios correspondientes.

R: Y un poco después, habría que deshacerse de mí. De El Caifán Rodríguez no quedó nada.

O: Salvo el recuerdo. El mío.

R: "¿Sabes, camarada?", dijo Bremond. "Los tiempos difíciles aún no se acaban".

O: Nunca supimos si hablaba en general o sólo de nosotros.

R: Deberías guardar energías para más tarde, quizá haga falta.

O: Bastien recuperó el cuarto en el que habíamos pasado sólo una noche, la primera.

R: Mi suegra, insistente en ayudarnos, aunque más con el afán de mantener vigilada a Sara, nos llevaba comida todos los días.

O: A principios de 1970 supimos que, aún cuando nos esforzáramos, la vida nunca volvería a ser la misma. La rutina nos aplastaba y nosotros no teníamos cómo evitarlo.

R: Sara se iba todas las mañanas a trabajar y regresaba... cuando regresaba, por la tarde, con una bolsa de pan y el periódico para mí bajo el brazo.

O: ¿Has visto a la hija del vecino? Cada vez la veo más grande y linda/

R: Ni se te ocurra. ¿Cómo pueden quedarte ganas después de lo que pasó?

O: Yo no digo que ahora, pero me gustaría/

R: ¿Y con qué vamos a pagar ropa, comida, medicinas? Apenas podemos con nosotros. Ya no lo pienses.

O: Pero era tarde. Que él lo notara era cuestión de tiempo.

R: Vivíamos de la caridad de mi suegra, de lo que de vez en vez nos alcanzaba



Bremond y de la miseria que ganaba Sara como costurera en la fábrica textil. ¿Futuro? ¿Cuál?

O: Recuerdo la expresión de desconcierto en su rostro.

R: Ella sonreía ante nuestra desgracia. No pude evitarlo.

O: El cuerpo recuerda el ardor de una bofetada con más certeza que el roce de una caricia. Regresó semanas después, con ropa para el bebé. Disculpas y flores para mí.

R: Vendí el sedán. Y vendería mi alma por ti y por quien venga en camino.

B: Si hay algo que reconocerle al viejo, es que siempre fue un cabrón con palabra. **P**



Karina Santiago. Distancia

LOS (otros) desaparecidos

JOSÉ LUIS ZAPATA

Rómulo despertó a las tres de la mañana por la pesadilla de revivir su pasado. El sudor del cuello le había empapado la playera y el olor a humedad comenzaba a notarse. Sus pasos arrastrados lo llevaron de la cama al baño. La espalda le dolía como en las noches en que solía trabajar. Lo extrañaba, pero su sueño, el que lo despertó, le habría de recordar por qué dejó de manejar el taxi por las noches.

Cerró la puerta del baño al salir y con paso lento, cansado, se dirigió a la habitación de sus hijos. Los pesados cuerpos de Salvador y María aplastaban la litera contra el concreto. Rómulo regresó al cuarto tras encontrarlos seguros.

¿Otra vez no puedes dormir?, le preguntó Bárbara cuando lo sintió acostarse. Sólo fui al baño, ya me duermo, contestó.

Yo no sé por qué salía a trabajar en las noches. Bien me lo decía Bárbara, que andaban desapareciendo gente. Eso ya todos lo sabíamos, pero nos engañábamos; si no estás dentro, no tienes nada que temer, nos decíamos, convencidos de que no iba a pasarnos nada. Pero lo que pasó esa noche no entra en la imaginación de nadie.

Había bajado a una pasajera por el rumbo del Periférico Sur. Estaba seguro de que si subía al centro de la ciudad encontraría a alguien más que quisiera hacer el viaje. Luego pensé en la terminal de autobuses, pero eliminé esa idea cuando vi al hombre alzarme la mano. Pidió que lo llevara a Bandera Nacional. ¿No siente la noche intranquila, patrón?, me preguntó mientras lo llevaba a su destino. Mejor ya váyase a su casa, patrón, me duelen las encías y sólo me siento así cuando algo grave



está a punto de ocurrir. Desgraciadamente, nunca había sido creyente de las supersticiones ajenas.

Todavía nos dieron una advertencia, como una señal para regresar a casa. Desde la matriz nos avisaron por el radio comunicador que no recogiéramos a ningún chavo esa noche, que los ayotzinapos andaban de vándalos en la ciudad, otra vez, y que no debíamos recoger a ninguno ni ayudarlo. Que si lo hacíamos se iban a grabar el número de taxi y nos iba a cargar la chingada a nosotros y a nuestras familias, así nos dijeron. Y que la orden venía de Los Guerreros, que obedeciéramos y que saliéramos del centro inmediatamente.

Pero ésa no era la primera vez que nos advertían cosas así. A cada rato desaparecen gente, o los matan en el momento; pero cuando alguno se escapa o lo están persiguiendo, luego luego llega la orden desde la matriz para que no recojamos a fulano de tal vestido de cierta forma que anda por tales calles. Y uno trata de evitarlo, aunque sepa que está mal. Uno mejor no se mete en problemas si es que quiere seguir trabajando por su familia.

Salvador despertó. Bajó de lo alto de la litera poniendo un pie sobre la cama de María. La cabeza de ella se hundió e inmediatamente dejó de dormir y el pie de su hermano fue lo primero que vio ese día.

Pasen a desayunar que se hace tarde, dijo Bárbara, y los arreó hacia la mesa redonda sostenida por una pata con la base desapareja. Al llegar los jóvenes, la mesa se balanceó del lado de María cuando le sirvieron su plato para después emparejarse del lado de Salvador cuando colocaron el suyo frente a él.

Rómulo terminó sus huevos con chorizo. Apúense que hoy los llevo yo, dijo. Se levantó de la mesa y fue por su talega de monedas. ¿Otra vez no pudo dormir?, preguntó Salvador. Dice que sólo fue al baño en la noche, pero yo sé que volvió a soñar lo mismo, respondió Bárbara. Siempre que sueña eso nos tiene que levantar más temprano para llevarnos él a la escuela, cuando ni siquiera lo necesitamos; diario nos vamos caminando, sentenció María. Él se preocupa por ustedes, deberían agradecer eso. No quiere que les pase nada en el camino, dijo Bárbara. Los chicos salieron de la casa y se montaron en el Tsuru que su padre trabajaba como taxi.

Ni siquiera era tan tarde, pasaban de las 10 pero normalmente los toques de queda son a las 12, no había motivo para creer que esa noche aparecerían esos muchachos. Pobres, venir desde su escuela hasta acá para robarse los camiones, ¿qué necesidad tenían? Y vea lo que les pasó... Y aunque somos una ciudad donde los otros desaparecidos

no solían tener importancia, estos chavos, estos 43 jovencitos desaparecidos, vinieron a reaparecer esta ciudad en el mapa, pero a la mala, pues. Dicen que uno de ellos tenía la edad de mi Salvador.

Rómulo detuvo el coche frente a la escuela de sus hijos, el motor pasaba la vibración a las llantas y las llantas la contagiaban al suelo. Sus hijos bajaron de un salto y corrieron hacia la entrada. Rómulo comenzó su día de trabajo.

¿Por qué lo hacían? ¿Por qué precisamente esa noche? No debí haber pasado por ahí, debí hacerle caso a mi último pasajero e irme a casa con mi familia. Pero vi al muchacho, afuera del sanatorio, yo pensé que era una urgencia, y sí, lo era, pero no pensé que tuviera que ver con esos chavos. Era bien sabido en todo el estado que los chavos eran revoltosos y que siempre se metían en problemas, pero no en problemas tan grandes. Que a veces se peleaban, sí, que a veces se los llevaban al MP, sí, pero no pensaba que alguien fuera tan hijo de puta como para dispararle a un chamaco. Por eso no pensé que fuera un ayotzinapo el que me hizo la parada ese 26 de septiembre.

El taxi de Rómulo esperaba la luz verde para poder continuar. Llevaba a una mujer, tacón alto, pantalón y blusa brillante, de Galerías Tamarindos a la Jardines. Las banquetas temblaron en cuanto la luz del semáforo se tornó verde. Rómulo avanzó en primera. Alcanzó a ver a una Suburban blanca del año, sin placas, acelerar desde el inicio de la calle perpendicular. Le detuvo el paso y dos hombres salieron de las puertas traseras, apoyados sobre sus botas de serpiente dieron un salto macizo de la camioneta al suelo. Hubo disparos al aire y los casquillos rebotaron tres veces cuando pegaron contra el pavimento.

Uno se acostumbra a escuchar balazos, por eso aquella vez los oí como algo normal, como se escuchan casi todas las noches.

El primer hombre apuntó a Rómulo con su cuerno y se dirigió a su ventanilla. No te vayas a mover, hijo de la chingada, el pedo no es contigo, le dijo; él ni siquiera lo miró. El otro se dirigió hacia la pasajera, abrió la puerta y la sacó del auto jalándola de los cabellos con la mano que no empuñaba el arma. Rómulo no escuchó lo que le decían a su entonces expasajera mientras la arrastraban del taxi a la camioneta, y tampoco entendía los gritos que ella daba. Se quedó tranquilo, mirando el volante de su Nissan. Muy bien portado, cabrón, dijo el hombre que lo apuntaba, satisfecho, y subió a la camioneta. Cuando la Suburban desapareció de la calle sólo se sentía el vibrar del taxi conducido por Rómulo en aquella esquina.

Necesitamos llevar a nuestro compa al hospital, me dijeron. Somos estudiantes, nos atacaron los policías, me dijeron, somos estudiantes de Ayotzinapa. Ahí fue



Karina Santiago. Afuera dicen



Karina Santiago. Espiral

cuando caí en cuenta de que había cometido un error, de que no debí trabajar esa noche, de que no debí pasar por el centro, de que no debí detenerme cuando ese chamaco me hizo la parada. Pero no me quedaba de otra. Lo siento, no puedo, le dije. Estamos amenazados, nos indicaron que no podíamos llevar a nadie, le dije. Por favor, necesitamos que lo lleve, nos atacaron los policías, me dijo. Después llegaron más chavos a suplicarme: se va a morir si no lo llevamos al hospital, es nuestro compa, tenemos que salvarlo, decía uno, y luego otro: necesitamos que lo lleve al hospital. No puedo, les dije de una vez. No debería estar aquí, ustedes no deberían estar aquí, regrésense a su escuela, ya no se metan con esa gente, les dije. Por favor, señor, se nos va a morir aquí. Mejor aquí que en mi taxi, porque si se me muere adentro es mi culpa y todavía peor si aquéllos se enteran de que lo estaba ayudando, me matan a mí y a mi familia; no puedo chavos, no puedo. Y me fui de ahí. Vi a los muchachos echarme gritos y hacerme señas a lo lejos. Por eso dejé de mirar el retrovisor. Mis manos temblaban, pero parecían pegadas al volante. Por un momento quise regresar, pero escuché de nuevo los disparos.

Fue directo a su casa. Estacionó el carro y abrió la puerta con torpeza. Bárbara lo miraba asombrada, se acercó al sillón donde estaba él y se sentó. Le acarició la cabeza con los dedos. ¿Qué pasa?, le preguntó, te ves muy pálido. Se levantó y fue a la cocina, tomó un bolillo para que Rómulo se lo comiera. Saliendo de Galerías volvió a pasar, dijo antes de morderlo. Bárbara se dejó caer en el sillón junto a él y exclamó: ¡Ay, Jesús bendito! Esto nunca va a parar, ¿ahora quién era?, le preguntó. Rómulo siguió masticando el bolillo. Una chava que salía de Galerías, muy bonita, tenía el cabello idéntico al de María.

43 niños desaparecidos, 43 chamacos desaparecidos, 43 familias destruidas. Pudieron ser más. Han sido más. Más de 43 personas. Más que una sola noche. Han sido años y los otros desaparecidos son más de 43. Y pueden ser más, puede ser Salvador, 44, puede ser María, 45, puede ser Bárbara, 46, puede ser yo, 47. Pudimos ser todos, 151 703... Pero pude haber salvado a uno, o dos, y entonces serían menos. En mi taxi cabían cuatro, o hasta más. Si venían heridos pude haber limpiado su sangre del asiento, pero ahora su sangre se derrama en mi frente y ésa no la puedo limpiar con nada. Por eso prometí que ni la sangre de Salvador, ni la de María, ni la de Bárbara, caería al suelo. Pero en este país es imposible cumplir una promesa.

Rómulo cargó la cajuela del Tsuru hasta que la suspensión se lo permitió. Bárbara y él subieron al coche y pasaron a la escuela de sus hijos, los sacaron de clases. Nos vamos, dijeron. Los chicos no protestaron. El taxi avanzó hacia la carretera rumbo a la Ciudad de México. Al llegar a la capital, Rómulo se deshizo de todo lo que le estorbaba. Consiguió a alguien que le comprara el coche y con eso compró los boletos para su familia. Cuando todo estuvo listo, dejó de sentirse el peso de sus cuerpos sobre estas tierras. 📍



Yola Reyes. De la serie Autorretratos en cuarentena

Isoglosas

FREDY VILLANUEVA

Soy parte innegable de una frontera.
Comenzar no es una palabra que genere comuniones adentro;
 es un verbo que es un proceso que es un modo.
Trastornar no es proceso; es superstición.
 No sé si *frontera* es tierra que está al frente,
 límite, protección u obstáculo.
Frontera es agua que dibuja diferencias
 y asimilación.
 Necesito
 forzosamente
 alienarme.

Soy parte innegable de una frontera.
Si estoy adentro puedo ser digerido fácilmente
adquirir el concepto tumultuoso de antidesierto.
Afuera, sin embargo, las garantías de continuar son borrosas
y se burlan.

En el mercado de flores hay fronteras claras
amarillas
mi antecesor le rinde culto con orgullo.
Hay personas que simulan ser personas
no
mejor aún
ciudadanos.

Yo simulo ser un ciudadano,
camino por los bultos que duermen en la calle
aquí ya surge una isoglosa
corta el puente vivo de la carne
pero sigo mi camino
porque
el sustantivo *ciudadano* corrobora mucho y niega todo.
No hay antónimos claros para esta palabra.

Entre la línea que tajantemente me marca
y la otra línea
también hay ciudadanos,
es entonces
cuando esta categoría da giros.
Soy la categoría de alguien más
supongo.

Entre el puente empírico y la teoría hay fronteras
me dijeron
Yo no digo nada por miedo a que ese trazo se impacte contra mí
pueda rebotar en mí
la idea
y convertirme en un hilo deshebrado.

Mientras tanto, el espacio que queda es un cubo.
Puedo distinguir con miopía a los cerdos disimular sus dientes.
Soy la frontera oscura que divide sus muelas.
Depende del hablante
y de su forma para dar vida a lo que se desvanece en categorías.
También soy parte de una que es corrugada e implosiva.
Soy la frontera de alguien más.

Si el centro se mueve
los efectos que flotan alrededor se mueven con él.
Para seguir el riel fielmente
habría que cortarnos los pies
e instalar algún mecanismo que niegue la vergüenza de las equivocaciones.

Aquí los ladrillos que sostienen el túnel se vuelven una adolescencia
o un cuerpo maligno que es necesario expulsar
aunque sea por la boca.
Adentro del cuerpo hay fronteras
están formando nuevos mapas y por eso no dejamos de sangrar.

En la frontera del mar y de la tierra
hay filas concretas de aguamalas, esperan.
No es posible dibujar una casa aquí
sigo caminando.

Yo soy la frontera de alguien más;
mi incompatibilidad para abrazarme y reconocermme
sigue sin encontrar un fraterno
sigo siendo uno y en mí.
Soy parte innegable de una frontera.

 Ely Granados. De la serie *Piel entera*





La vecina se ha vuelto loca

ADRIÁN HERNÁNDEZ NOGUEZ

Yo no soy una persona chismosa, eso se lo aseguro. Todo lo contrario, yo respeto la privacidad de la gente tanto como me gusta que respeten la intimidad de mis quehaceres. Pero es que aquella mujer, la que vive frente a esta casa, al otro lado de la calle, me tiene intrigada. Me da mucho miedo; parece poseída, ya verá usted por qué afirmo tal cosa.

¿Gusta más té? Discúlpeme, no había visto que aún tiene la taza llena. He estado muy distraída. Si viera las cosas tan diabólicas que ha hecho últimamente esa mujer, estaría tan preocupado como yo. Mire que yo no soy religiosa, pero si he de mencionar al demonio, diría que lo tengo ahí enfrente.

Ella no tenía la costumbre de abrir su cortina, y yo tampoco; lo que pasa es que los días han estado fríos y es necesario dejar que entre un poco de sol. A veces creo que ella abre su cortina para observarme con descaro, y no crea que me lo imagino: yo la veo muy claro cuando se queda con la mirada fija hacia mi ventana, como si quisiera dar un brinco hasta ella.

Le repito, no soy chismosa. Sucede que aquella mujer exhibe su vida como si fuese una artista y nosotros, los vecinos, su audiencia. Creerá usted: el otro día tuvo la audacia de dejar la cortina abierta mientras se quitaba la ropa para después enfundarse en la bata de baño. Y eso no es lo peor que ha hecho.

De noche la escucho aullar, como si llamara a los fantasmas de la luna; le aseguro que no es ilusión mía. Si no me cree, usted puede quedarse y comprobarlo en cuanto caiga la noche.

¿Le parece hermoso mi peinado? Gracias, es muy amable de su parte. No crea que soy de esas personas obsesionadas con su apariencia; en realidad no me toma mucho tiempo, únicamente me amarro el cabello con este listón carmesí y listo. Recientemente he pensado en teñir la seda de otro color porque el rojo, ahora, me recuerda a muerte y horror. Deje que le cuente por qué.

Imagínese: el otro día, la vecina decapitó una gallina frente a la ventana; el pobre animalito seguía vivo, retorció su cuerpo para intentar escapar de la mano sanguiñaria, hasta parecía que tenía convulsiones, pero su intento fue inútil. Un machetazo acabó con la vida de esa gallina; me pareció escuchar una campanada cuando aquello sucedió, una que salía del metal frío, manchado de muerte. La mujer nunca limpió el chorro de sangre que salpicó en el vidrio de la ventana, y ahí sigue, como una gangrena que se desmorona. Es más, vaya usted a ver lo que le digo, para que compruebe que no le miento.

¿Ya lo comprobó?, le dije que no mentía. Ahora puede usted comprender por qué me tiene aterrada aquella mujer. ¿Gusta más té? Pero no le ha dado ni un sorbo.



 Yola Reyes. De la serie *Autorretratos en cuarentena*



Yo sé que lo distraigo con mi plática, pero mire, ya se enfrió; deje que vuelva a calentarlo.

La cosa no paró con la muerte de la gallina. Inmediatamente después de matarla, como si temiera que se le escapara algo en el aire, embadurnó sus dedos con la sangre que le brotaba del cuello al animalito y los lamió hasta que ya no les quedó ni un rastro del líquido rojo.

¿Las marionetas? Sí, mi padre me enseñó el oficio; yo aprendí al observarlo, mejor dicho. Están hechas con madera de caoba; yo misma las hice. Son réplicas de aquellas que tenía mi tata y que vendía a compañías de teatro, hace ya muchos años. El baúl en el que están guardadas también lo hice yo. La carpintería se ha convertido en el pasatiempo más recurrente de mi vida. No es tan complicado como podría pensarse: unas cuantas herramientas y, eso sí, mucha paciencia. Con eso se puede.

También por eso le temo a la vecina. Verá: apenas mostré mi gusto por la madera frente a la ventana, aquella mujer se consiguió herramientas idénticas a las mías, incluso replica mis trabajos.

Ella me observa todos los días, y yo, que me aterro de ser vista por ella sin mi conocimiento, la observo de vuelta. Es como una batalla de pupilas; su alma, con ganas de ser intrusa, se proyecta a través de su mirada e intenta penetrar en la mía, como para develar algún secreto oscuro que no conozco. Yo me dedico a crear un escudo con mis ojos, como cabezas de ajo colgadas en ristra, de las que se ponen frente a las puertas para ahuyentar a los vampiros. Todos los días tengo batallas oculares con ella, tensas, llenas de desesperación por huir de la derrota.

Parece que mi plática también lo ha puesto muy tenso, mírese cómo está, no se mueve ni un poco; hasta tiene la mirada más fija que la de aquella mujer. Y no lo culpo, yo me pongo igual sólo de pensar en ella.

A lo mejor es cosa mía, pero ahora que lo veo con esa expresión de susto, me recuerda a alguien, no puedo precisar a quién. Seguro que me acuerdo más tarde. Mejor hablemos de otra cosa, ¿le parece bien?

Mire usted, también hice este quemador yo misma, ahí pongo mi incienso. Adoro el olor de ese humo, ayuda a evitar aquella pestilencia que sale del armario. ¿Puede olerla? Me disculpo por ello, de verdad que me da mucha pena. Lleva días así. Es una molestia muy grande que a la muerte le siga la putrefacción, pero no puede hacerse nada al respecto.

¿Ya se va? Vaya con cuidado. ¿Quiere un paraguas?, veo que usted no ha traído uno y ya amenaza el cielo con dejar caer la lluvia. Mire que su piel, de madera tan fina, puede estropearse con la humedad y eso corroe hasta lo más profundo; sería una tragedia.

Veo que es usted muy testarudo. En ese caso, me temo que tendrá que quedarse. Deje que le ayude a acomodar esos hilos que trae colgando. Ahí en el baúl estará muy cómodo, no se preocupe; además, así puede usted escuchar cuando aquella mujer con el cabello amarrado con un listón rojo, endemoniada, se ponga a aullar. 🗨

11:12

JOAN MALINALLI

I

Para mí es normal llegar a casa y encontrar a mamá limpia y dormida entre sus colchas grises —desgastadas— y el rechinido del ventilador.

¿Todo en orden?, pregunto al gato mudo que acicala su pecho con mesura debajo de la cama. ¡Todo en orden!, digo yo. Y me tranquilizo y vuelvo a ver la hora: son las 11:11.

II

También es normal reírnos de todo aquello que nos duele. Tal vez la ausencia es el pan de nuestra mesa de chistes; el minuto adicional del reloj.



✍ Salvador Cortazar "Ruzski".
De la serie *Ama tus demonios*



De fuegos, corridas y explosiones: los toros de Tultepec

OMAR CASTRO GUADARRAMA

La más grande faena de los toreros está en esa faena que le hacen al viento... La más artística, la más peligrosa y la más emocionante de las faenas. El torero no sabe nunca por dónde se le va a arrancar el toro. [...] Cuando sale al ruedo ese terrible toro del viento, los espectadores se electrizan y se conmueven porque es el más ágil y burlón de los toros y porque sólo a ese toro se le pueden dar unas verónicas tan ceñidas...
Arqueles Vela, "La coleta de los toreros"

 Erika Arias Franco. *Fiesta del Gremio de Pirotecnicos, Estado de México*

Nunca he visto en vivo las corridas de toros en la Plaza México, a lo mucho las vi una o dos veces por la tele, cuando la programación se disfrazaba con informes políticos o noticias. Esas veces vi a los toros revestidos y heridos por varias banderillas; desangrándose, corrían y buscaban coger al torero, y cuando éste los esquivaba con el capote era ovacionado por la audiencia. Él se encargaba de apaciguar el caos del toro, su violencia, hasta llegar al sosiego; la espada última altanera se elevaba, atrincheraba al toro que se preparaba para atacar, y en menos de un segundo el toro perdía y el acero desprendía de él su energía final, hasta dejarlo agonizando en el piso. Una confrontación entre dos animales, uno extasiado y el otro desahuciado.

En Tultepec, municipio aledaño al mío en el Estado de México, los toros se extienden a niveles culturales equidistantes de la fiesta brava, pero no iguales en interpretación. Anualmente, en marzo, tiene lugar la Feria Internacional de la Pirotecnica durante las fiestas patronales en honor a San Juan de Dios. Este municipio es la capital nacional de los fuegos artificiales. La feria es gigante, con una gran cantidad de comida, juegos mecánicos y de azar. Destaca por los eventos magnos con juegos pirotécnicos: las ofrendas musicales, los concursos de castillos y de piromusicales nacionales e internacionales (estos últimos duran entre 13 y 15 minutos, en los que los artesanos sincronizan la música con las explosiones y colores de los fuegos artificiales) y, por último, la gigantesca quema de toros pirotécnicos.

Durante todo el año, se pueden ver grupos de artesanos que recorren las calles del municipio para recolectar dinero y de esta forma completar el decorado y la compra de pirotecnica para su toro. Así como la feria internacional, los toros de Tultepec son monumentales; miden cerca de tres metros de largo, por dos de alto y metro y medio de ancho, con cuernos que sobresalen del cuerpo. Los empujan por



lo menos seis personas, y durante el día del evento se queman 400 toros de estas dimensiones y otros más pequeños.

Cada toro consolida la identidad de quienes trabajan en su hechura, de quienes —bajo el calor de cada cohete que estalla— afianzan la pertenencia a un lugar de origen y ponen en alto a los amantes de la pirotecnica. Cada toro es una pieza de arte con decoraciones extravagantes, adornado con cuentas y semillas, con partes articuladas. Cada uno se remata con la última pieza: una corona rodeada de explosivos que sale disparada hacia los cielos, acompañada por los buscapiés y chifladores que iluminan el suelo y la noche.

Todo un año creándolo, puliendo cada detalle y al final: "¡FUEGO, FUEGO, FUEGO!", gritan los enardecidos, sin playeras, sin escrúpulos por la seguridad; la apuesta entre la vida y la muerte, entre vivir quemado como símbolo de pertenencia y tener la certeza de salir vivo. El valemadrismo mexicano cicatrizado en más de 400 toros que se queman, uno por uno, entre gente con mi-

cheladas y niños con elotes, entre gente quemada y altaneros que se cuelgan detrás de las ambulancias. Si el toro se incendia es una deshonra, sólo se quema la decoración de cientos de cohetes que pasan de lo colorido al negro opaco en pocos minutos que, bajo el calor, parecen una eternidad; mientras, el toro ya habrá glorificado a todo el que lo haya tocado: una fuerza explosiva que llena a la gente de ceniza en lugar de la sangre que revestiría el escenario. El gran toro investido con sus pinturas evoca la bravura del que se muestra en la plaza ante todos los espectadores y a través de los medios, aunque ¿en verdad es el toro?

"¡FUEGO, FUEGO, FUEGO!", se atizan los gritos y llega el toro, imponente se abalanza, quiere tomar a quien se ponga enfrente, todos empujan y se desplazan ante su llegada; suenan las porras para la familia o el grupo que lo fabricó; lo provocan, lo avivan, lo picotean para que ataque; el toro ve el encendedor o cigarro que lo prenderá y ahí, por mano ajena, desata toda su furia contra los toreros improvisados. En este ruedo en medio de la



nada no hay protecciones ni trajes lujosos que brillen en el sol, ni capotes perfectamente alisados para esperar al toro; sólo la noche colma el espectáculo. Recuerdo a Arqueles Vela, cuando decía que la suerte de los toreros reside en su coleta. Durante esa noche en Tultepec todos se vuelven toreros y su suerte reside en ser tocados por las chispas del santo que los salva del fuego, bendecidos y llevándose consigo una parte de la sangre del toro vuelta rayos de colores.

Las personas que empujan al toro —al último grito de ¡FUEGO!— prenden la mecha y comienzan a correr; el toro se enciende con los cuernos de frente, sale disparado y busca cornear a los niños, a mujeres y hombres con sus micheladas; tiran más de una cerveza, los elotes se desperdigan, la tierra se alborota; derriban uno que otro puesto, se abalanzan contra la malla ciclónica mientras, con armonía y belleza visual, explota cada cohete; entre tonos dorados, verdes, rojos, los toros orquestan la cercanía entre los humanos y su desorden expresado entre pisotones y empujones en medio de la calma del campo.


La excitación por los toros de cohetes continúa. Se agita todo, la vibra electrificante de las chispas doradas

que rocían a la gente suspende el tiempo y la vida; “¡salta, hijo, salta o te quema, salta!”, grita un padre; ésa es la forma de burlar las esquirlas que lanza bravamente. En medio de la humareda, sólo se observan masas amorfas y las siluetas de los toros, las luces de los cohetes conflagran a todos los presentes y las diferencias entre niños, adultos y toros se borran en un instante; es una convivencia que se refugia bajo el calor de las explosiones.

Quienes lo empujan van cubiertos con ropa de algodón, los más alebrestados van sin playera, sólo con *jeans*; se vuelven animales que, bajo el esplendor de los cohetes, se funden con el toro, se entremezclan, se visten todos de él, se alimentan de los gritos y las caídas de la gente. Las explosiones los consumen, llegan a un punto de conexión con la tierra y las bendiciones del santo, sienten la pólvora en la sangre y se sienten plenos consigo mismos hasta que la corona despega, estalla en cientos de rayos, girando y brillando sobre toda la noche, llenando de alegría y esperanza a quienes saltan con el toro.

En Tultepec, la quema de toros es una demostración de que entre el toro y el humano hay algo que no se ha


entendido bien en las corridas, y que en las quemas se nota con cada explosión y compromiso de los artesanos: el toro como animal es impulsado por hombres distintos entre sí, incitado por el caos y la rebeldía de los humanos sin playeras o por los humanos vestidos que lo hieren lentamente para provocarlo con los capotes hasta acuchillarlo con las espadas. ¿Y si el toro fuera la única opción pensada para desatar la valentía de los humanos y por esto las quemas y las corridas existen? Porque es ahí, en el ruedo o en los terrenos de la feria, donde las personas toman por los cuernos al toro y son capaces de demostrar toda la valentía emergente; de atreverse a desafiar a la autoridad, a quemar a los bomberos y a los policías; de subirse detrás de las ambulancias gritando “¡FUEGO, FUEGO, FUEGO!”. Es en esos momentos cuando exponen su seguridad por un instante de orgullo, de honor y de dominio frente a la naturaleza. Cuando el torito corre entre la gente, se siente la alegría de estar vivo, de bendecir cada parte del terreno con la pólvora que cae y de llevar la pirotecnia marcada en la piel.

El toro son ellos o, más bien, el toro creado, inventado como violento, son ellos, quienes lo crean o lo torea. Ahí se los puede ver, mientras gritan, jadean y empujan, o cuando elegantemente sostienen el capote. Y cuando la última espada cae sobre ellos, sólo quedan iluminados por cada chispa de orgullo, hasta que la noche los apaga. 





UNA FRÍA MAÑANA DE DICIEMBRE,
un eclipse solar parcial cae y has decidido
que es momento de partir

 Jessica Vázquez Enamorado. De la serie *Missed chaos*

Malachias Geiger

MIRANDA BONFIL

No sé cómo se cura la melancolía
cuando no queda el consuelo de la bilis negra
ni conjuro a la mano
ni hechicero de cueva ni oráculo de barrio bajo
que te engañe y te cure por cincuenta pesitos

Tengo sólo berrinches de niña en la madrugada
saliva vieja, espuma de mar tóxico que corre entre mis piernas
sin encanto
ojalá fuera mal de ojo
para que la curandera me ayudara con duraznos
a cambio de una promesa falsa o fermentos olvidados

Pero no hay cura. No hay salida.
Aguas negras estancadas como
el río Becerra putrefacto sobre mis espaldas
sin cantos ni rezos ni consuelo de atardeceres ancestrales
ni paraíso perdido ni Edén reencontrado.



Instructivo uno Loterías

ADRIANA VENTURA

Blanca Alaníz. De la serie *Innombrable*

1

La palabra es italiana: *lotta*. Confrontación entre el jugador y la suerte. Lucha. También puede que derive del alemán *lot*; o de *loterus*, que viene del latín.

Con frotar la lengua, la palabra: un trabalenguas. Enredarse en el silencio, con suerte aprender a hablar. Con suerte empezar el juego del habla. Buena suerte es lo que se espera cuando se nombra, cuando se mira de frente el azar.

Lotería, palabra de estrecha relación con el vocablo *loto*, un juego estrictamente público que se desarrolla mediante billetes y sorteos o como una actividad de mesa en la que se manejan cartones y barajas.

2

Es el azar lo que te lleva. Ordenas, desordenas el cauce de las horas. Deseamos llenar con dignidad los ocios. Sorteo: abres la puerta y recibes la mano amable de quien escribe. La palabra extendida que toca tus dolores, la palabra de quien sabe decir dónde le duele.

En sentido estricto puede ser que uno, simplemente, obedezca una orden dictada desde hace mucho. El tiempo y el lugar confluyen en la decisión que creemos tomar, pero, tristemente, es la decisión quien ya nos ha tomado.

3

Seguir las pautas de un orden delineado desde antes.

Una lotería: el juego en la mesa. Un argentino llamado Borges comanda el juego “La lotería en Babilonia”. Llenar con dignidad los ocios: el verdadero origen y peso de la incertidumbre: nombrar las certezas y dejar que nos desmoronen. Cartas en la mesa, documentos consumidos por el fuego.

La lumbre siempre ilumina la esperanza. Porque en el fondo todos aguardamos el incendio. Los vientos del destino mejoran. Apacigua su ira el destino. La frescura nos favorece. No es posible atesorar el calor de las verdades.

4

Nada sabemos del azar,
porque de la fortuna
sólo podemos asir el polen
que dejan las alas
de los dados
cuando giran.

Algo cambia, es cierto.
Algo indescifrable a nuestro entendimiento.

5

Lotería, qué del juego no entiendo.
Spider de madrugada.
Ordenar tarjetas.
Que no entiendo.
Que los padres juegan.
Que la espada de los sinceros.
Qué sabía de un juego que abusa de la espera.
Que pierdes
porque no debes entregar la suerte
a las seis caras de los dados.
Que seis caras, doce posibilidades.
Que multiplicas la suerte buena.
Que la lotería de Babilonia
ha sabido ajustar
todas las direcciones de la moral.
Que lo sagrado de la suerte en un sorteo.
Rifa.

6

La lotería, esta lotería, la que llegó a mi boca por boca del argentino, al principio sólo se dirigía a la esperanza, hasta que se ensayó la intervención de suertes adversas.

Se alejó la contaminación monetaria de los asuntos del azar, pues la fortuna no sólo se adquiere mediante dinero. Nadie compra su suerte. En manos del azar, la justicia es limpia: en días buenos, la recompensa. La mala suerte traducida a castigos o días de cárcel.

Se dedujo, con ayuda de la lógica y de la simetría, que “la posesión de monedas no siempre determina la felicidad”. La lotería, entonces,





se volvió secreta, gratuita, general. Un sorteo. Jugar con el destino siniestro, sagrado, sonriente.

Todos pueden participar en los sorteos.

Los sorteos son sagrados.

7

Otra escena. Otra lotería. 27 de junio, año incierto, mañana soleada y clara.

Un pueblo de casi 300 personas se congrega. Los niños reúnen piedras en un sitio. Los hombres llegan y hablan de la cosecha, del clima. Las mujeres arreglan sus suéteres.

Los hombres, cabezas de familia, pasan a recoger las boletas que corresponden a los suyos. Se abren las papeletas.

La familia Hutchinson es la elegida. Cada integrante desfila al centro nuevamente: los dos hijos, la hija, el padre, Tessie.

Hay una hija más, casada, y le corresponde jugar con la familia del marido. La señora Hutchinson tiene la boleta marcada.

Todos se alistan, los niños van hacia los montones de roca, algunas mujeres no aguantan el peso. La primera piedra, otra es lanzada.

Las mujeres no juegan.

8

La lotería interviene en el orden del mundo.

La lotería, jugar con el azar.

Ruletas que giran y nos acechan.

Cobrar la suerte.

El tiempo simple

aburre.

Llenar con dignidad los ocios.

Derecho a la pereza,

pero es mejor el juego.

9

“Aceptar un error es corroborar la suerte”, se aprendió desde los tiempos de Babilonia.

En el relato de Shirley Jackson, Tessie llegó tarde, disimuló su retraso, quiso justificar su falta, su miedo: contradujo la honestidad del azar.

Nadie debe evadir su suerte, buena o mala, porque se trata de un dictamen hecho con anticipación. La suerte está en correcta consonancia con el destino.

Un día malo para un hombre del sur significa muchos días buenos para los hombres del norte.

Ella, Tessie, fue elegida, en simetría, desde tiempo atrás.

10

Y yo en qué momento elegí los cartones de mi suerte. Jugar de noche con las cartas, los colores. Juegan conmigo: me arman un castillo, me encierran.

Si me porto bien, me irá bien. Si llueve, me irá bien. Si doy con esta piedra al tronco de ese árbol, me irá bien. Quiero que me vaya bien. Cierro los ojos y apunto, me acerco, me acerco, le doy. Bingo.

Miento, con mis amarillos dientes miento. Y gano. El juego es mío, yo sobre la mesa, las tarjetas. Afilo mis labios para ser honesta.

Pero hay un torrente de rocas con las que debo llenar mis ocios.

11

Para jugar no hay que hacer conjeturas. Acatar las sentencias, entregar la vida al terror, también a la esperanza.

La lotería soporta el duro papel de dar color al caos, establece el orden que nos sostiene entre los dedos de la vacilación. Un titubeo y caemos hechos polvo.

En “La lotería” de Jackson, el sorteo anual dotaba de orden a un pueblo, le aseguraba un lugar dentro de una realidad restaurada. Cada miembro participa, es la cuota que se paga por el bienestar común. Se juega la suerte en conjunto, en comunidad.

Algo se gana siempre que se pierde. Tessie perdió, pero la comunidad ganó.

El juego nos reclama completos.

Hay que entregarle sin avaricia nuestra esperanza

y todas las gotas de nuestro terror.





Hedor

NATALIA CONDE

✍ Salvador Cortazar "Ruzski". De la serie *Manifestaciones poéticas desde la biología*



Desperté. Sentía un extraño peso sobre mi cuerpo y no permitía que me moviera, tampoco tenía el suficiente espacio para hacerlo. Percibí un extraño frío en las manos que inmediatamente me remontó al día en que vi nevar por primera vez; tenía los dedos entumidos de la misma forma en la que los había sentido cuando hice mi primera bola de nieve aquel día. Recordé a mi madre, a mi hermano y a las personas que me rodeaban en ese momento; quise sonreír y no pude, mi boca estaba entumida y mis facciones congeladas, era como si tuviera un hilo uniendo el labio superior al inferior.

Decidí sacudirme para despejarme de toda la inmovilidad y de las sensaciones desagradables, pero mi torso se quedó quieto como si no hubiera realizado el mínimo esfuerzo para levantarlo; sentí cómo mi pecho se hundía y algo me mantenía pegada al suelo; entonces recordé las tardes en las que me quedaba tirada en el pasto viendo las nubes pasar, con el único deseo de que el tiempo se detuviera.

En ese instante noté que no veía nada, ni el pasto, ni las nubes, ni a las personas que solían estar alrededor de mí. Oía a madera, a tierra mojada, a hierbas; todo estaba oscuro. Podía escuchar una especie de rasguño al lado de mí, algo intentando excavar. Sabía que tenía los ojos abiertos, pero no podía pestañear. Escuché un sollozo, alguien que a la distancia lamentaba no volver a verme. El perforador hacía cada vez más ruido con sus uñas. Siempre más cerca. Quise recordar dónde estaba, posiblemente todo era un sueño y bastaba con esperar a que terminara; entonces, ¿por qué recordaba haber despertado?

Pronto comencé a hacer un recuento de mi día: había abierto los ojos y visto mi habitación con la misma cotidianidad de siempre (el peso del cuerpo se incrementó);

había salido de casa con dirección al trabajo y recordaba haber pasado por todas las calles habituales (las manos más frías); observé a las personas que viajaban conmigo e imaginé las historias que tenían por compartir, las preocupaciones que ocupaban sus mentes y las canciones que los llevaban a puntos más alejados de donde estábamos (la boca entumida); y lo recordé a él.

Lo vi parado frente a mí, con esa sonrisa que a cualquiera podía estremecer, con la mano en el bolsillo y los ojos inquietantes. Sabía que tenía que alejarme, que debía cambiar de camino, que debía evitar mantener contacto visual con él. Sin embargo, mientras todo eso sonaba en mi mente, él había conseguido alcanzarme y tomarme por el brazo. Empezamos a caminar más rápido y a alejarnos de la gente (el torso inmóvil).

Los oídos comenzaron a zumbarme y regresé a la realidad. El excavador había avanzado más y ahora golpeaba la madera que emanaba un olor a humedad. El ruido me recordó que tiempo antes un sonido me había ensordecido, que justo en el instante en el que mis oídos explotaron, el interior me ardió como si tuviera dentro una fogata al rojo vivo (el pecho hundido).



Intenté mover las piernas y se quedaron tan firmes, pesadas e inútiles como cuando lo vi frente a mí. Algo comenzó a caer, no me tocaba, pero sabía que venía de arriba porque escuchaba cómo pequeños montones de rocas caían sobre mi cabeza, sobre mi torso, sobre mis piernas. En ese momento me di cuenta de que, durante todo ese tiempo, no había inhalado ni una sola vez, mucho menos exhalado. El frío de mis manos llegó hasta mi frente e impactó al mismo tiempo hasta los dedos de mis pies; el peso de mi cuerpo era insoportable, quería gritar, quería llorar; no encontraba ni un hilo de luz y sólo escuchaba al carroñero acercarse más y más al esquivar la madera que lo mantenía apartado de mí.

Quise arañar lo que tuviera cerca; quería correr, empujar, golpear. Hice tantos esfuerzos como pude, hasta que las rocas dejaron de caer, los sollozos se apagaron y todo quedó en silencio. La oscuridad pronto fue más densa e incluso el excavador se detuvo. Sólo el frío, la humedad y ese maldito hedor a podrido se quedaron junto a mí. Pronto el cuerpo dejó de pesar. **P**



Trepanar el

ARTURO MOLINA

fragmento

I

La estridencia se ahoga, rebota contra el cráneo y vuelve con claqueteos interminables. La habitación está en silencio, no se escuchan los ladridos del perro vecino: eso refuerza el eco interior.

Ni siquiera están los grillos rozando sus patas, como si supieran que son los dueños de la noche vacía. ¿Es su ausencia culpable del aturdimiento?

Todo el orden que deseo está ahí afuera, en las hojas que mecen las corrientes irregulares, en la falta de automóviles y gritos de niños. Cuando el silencio se intensifica, un estruendo febril estalla en la falta de mi voz.

Solamente hay letras revueltas que no forman una sola palabra, imágenes agolpadas y borrosas que flotan como los colores de una esfera eléctrica; cada vez que me llevo las manos a las sienes, dan toques tornasoles en los pensamientos.

Tirado en la cama, una inercia me empuja en una montaña rusa, mi carrito va hacia atrás, y así se repite como si la caída nunca llegara. Un abismo al que no logro descender me sigue arrastrando con deseo tenaz. Algo me corroe como la bilis que clama expulsarse.

El perro vecino lanza un ladrido, un grillo roza sus patas. Una calma fugaz me arropa por segundos.

II

Raskólnikov, el protagonista de *Crimen y castigo*, lucha contra sí mismo por una culpa que lo acompaña durante toda la novela. Nadie más sabe que cometió un crimen, pero él, inmerso en un caos mental, piensa que todo lo que sucede alrededor es parte de la persecución por el asesinato de su casera.

El orden, la serenidad que todos parecen tener, es demasiado irreal; no cree en esa calma, incrementa su culpa. Es, como en la infancia, un regaño que sabemos próximo, cuando los padres o los profesores conocen nuestra falta y no se deciden a soltar el castigo. Estamos conscientes de que ellos saben del pecado y eso incrementa la agonía, como el silencio, como la ausencia del canto de los grillos.

Salvador Cortazar "Ruzski". De la serie *Ama tus demonios*



III

Quisiera destapar por un instante mi cerebro, dejar a un costado la cubierta y ponerme a acomodar las imágenes y las palabras, tal como la señora que abre una caja de galletas metálica y separa los botones por color.

IV

Alguien me contó el argumento de una novela que nunca escribiré. Un chico entra al departamento de policía rasguñándose la piel, dice que las pistas para esclarecer el asesinato están dentro de su cuerpo y grita que debe arrancarse la piel, capa a capa, para que lo descubran.

Quizá él mismo sea el asesino. La persona que me lo narró no dijo más. Tal vez porque la culpa está ahí, porque todos se comportan como si nada sucediera: es el vacío.

V

Estoy frente a unos retazos de huesos amarillentos. Detrás de ellos una masa viscosa, rosácea, palpita. Observo atento, como el niño que desarma un juguete por ocio y pone a un lado las piezas con el propósito de no olvidar su orden.

Es mi rostro: mi habitación se convirtió en una sala de cirugía. La cabeza me dolía, tenue; un piquete en el canino inferior izquierdo también me molestaba un poco. Quizá por eso opté por la intervención quirúrgica.

No tengo un asistente a quien le pueda solicitar un pañuelo para secar mi frente, así que gotea algo de sudor en la masa encefálica. ¿De dónde proviene si estoy en plena operación?

Enjuago con cuidado aquel pedazo de mí para que no afecte nada al volver a su lugar. Como si tuviera entre las manos una pelotita de plástico, de esas que se forman de distintos pedazos, y que si sueltas o aprietas de más, hay que desarmarlas para comenzar de nuevo.


Coloco todo en su lugar. Espero que sea el correcto.

VI


Según la educación básica, el valor de pi es 3.1416, y se puede extender al infinito. Para Darren Aronofsky, pi es el orden del caos. Mejor dicho: para Max Cohen, el protagonista de su ópera prima, es la búsqueda del código total para descubrir el modelo numérico de la bolsa de valores, pues toda la naturaleza puede ser representada mediante números.

Este talentoso matemático sufre de intensos accesos de migraña, los cuales trepan su cerebro con un sonido agudo e interminable. Ese caos es el interior, su mente, la estridencia de Dios mismo, de 216 dígitos que lo representan. Un aullido sempiterno.

VII

Aquel sonido ineluctable, pero en mi cabeza, se puede traducir como un *beat* constante, acelerado, de música *dance* —el *reggaeton* sin éxito de los años noventa—. Una tardeada con la pastilla subida de revoluciones. El *kitsch* dando vueltas, pelotas de unicel que se golpean recalcitrantes en la cámara de aire que es mi cerebro. Por un momento, me gustaría que el perro volviese a ladrar. 

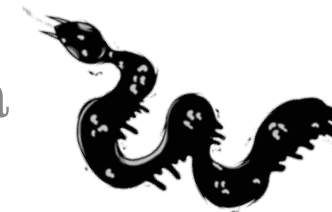


 Salvador Cortazar "Ruzski". De la serie *Ama tus demonios*



La esfinge de zapatillas turquesa

LUIS ROMANI




Escúchame con atención. Si me ignoras es porque nos odias a todos, ¿qué no soy buena para ti? Déjate de pendejadas... ¿Ya la viste? No es bonita, yo no sé qué le ven. Fíjate cómo baila y mueve el pelo así en súper leona, mírala. Todos los sábados la encuentras aquí, zorreando. Siempre está ahí parada, rodeada de maricones y la travesti fea esa de su amiga la Yiyi.

Siempre se están riendo y viboreando a medio mundo, y nunca, te lo juro, nunca dejan de bailar. Se mueven y la gata esa todavía se da sus aires de mamona, la muy puta no baila con cualquiera. Así como la ves, agitando todo y riéndose como mustia, así de fácil vienen embobados los batos por sus chichis a preguntarle si pueden bailar, y la gata ¿qué crees que les responde?, que acepta si primero le aguantan el paso; son como cinco minutos brincando, no mames. A veces, el que se atreva a bailar con la travesti también puede bailar con ella. Se rebajan a parecer chotos nomás para arrimarle el paquete a las nalgas de la puta oxigenada, y ¿ves al chico ese, el güerito que está a su lado?, es gay, bueno, como que se le voltea, pero me enteré de que es el amor platónico de la gata. Ella está enamoradísima de él, pero como es medio puñal él no le hace caso. Ella se le repliega y se bate y le pone la trompa para besarlo, pero el cabrón voltea la cara y la deja ahí como pendeja. Ese es su castigo por tremenda putería: que todos se la quieran coger, y el único con el que ella quiere no la pela porque es puto.

La otra vez, ¿sabes qué hizo?, resulta que bailaba con un muchacho, un animalón que se le acercó, y ella aceptó sin pedir nada. Estaban así, equis. Pues al ratito se acercó otro chavo menos mamado, pero igual de guapo. Los dos se pusieron a bailar con ella, uno adelante, otro atrás. Al rato se besaba con uno, luego con otro y se embarraban hasta lo que te imaginas. En fin, cuando ya iban a cerrar, se llevó a los dos chacales, ¡¿tú crees?!, se llevó a los dos y obvio se los echó, se la chingarón, no sé si por turnos o al mismo tiempo, pero la perraputazorrademierda les arruinó la vida. Los dos se han de haber enculado con ella y, como la muy puta les dijo que no, los güeyes se pelearon. La semana pasada se agarraron a putazos aquí en plena barra, rompieron hasta las mesas, ¡tanto desmadre por un culo! Y a la gata no le hicieron nada, siguió puteando y mendigándole el pito al puñal de su amigo el mariposa; ahí parada en su mesa, con su grupito de lameculos que sólo quieren juntarse pa' ver si pueden comerse a los batos que ella no pela o que ya se echó.

Todavía te creo que está simpático su amigo, con él sí me dan ganas de bailar, feo no está y es buen pedo; además, tiene culo de mandril. Un día me lo quise ligar, nomás pa' que la otra se amargara, hasta me lo iba a fajonear sólo para que se ardiera de envidia, pero me aguanté; me aguanté porque yo bien sabía que, si

 Salvador Cortazar "Ruzski".
De la serie *Ama tus demonios*



bailaba con él, aquella perra se iba a emputar y yo no me iba a dejar. Le iba a decir: “mira, mamacita, le bajas a tus mamadas o te parto la jeta y sin chamba te quedas”, agüevo, por eso me aguanté, me aguanté todas las veces que vine a verla a ella creyéndose soñada, uta, es que se sentía... Como si la luna fuera suya, que era dueña y señora de todo el Aleluya.

¡Mírala! Ve cómo le agarra la cintura a su amigo, y el bato nomás le sonríe y la deja con la lengua tendida. Eso fue lo que le dije a Paco. Vimos cómo se iba la gata sola, “seguro se va con un mayaté”, pensé yo, pero no, se peleó con su manada, con la vestida fea, le dio tremenda cachetada a la Yiyi. Ése fue el show que nos aventamos Paco y yo. Bien chismosos que éramos. No teníamos mucho que hacer más que bufar a todos, especialmente a la perra gata de la esfinge. Nomás vimos cómo se iban casi corriendo, te lo juro, se iban corriendo esa pareja de desgraciados que eran la puta y el puto de su amigo. Se pelaron y nadie los volvió a ver. Qué pinche casualidad. “Ahora sí se le armó en grande, se le cayó el mundo a la ramera esa”, me dijo el gordo, “vamos a levantarla antes de que venga el camión de basura y se la lleve”, pero Paco y yo nos metimos otra vez al antro, a las risas, a seguir chupando y viendo qué nos podíamos ligar y, mi amor, de que había harto mayate, había. Había de todo y para todos los gustos, era el

arcoiris hecho persona y con olor a popper. Entonces, ponen esa pinche canción que no me acuerdo cómo se llama, y todo mundo se paró a bailar, se subieron a la tarima con los *strippers* y se prendió esa madre. Se empezaron a aventar que la cachaza, que las chelas, que el hielo, que la espuma de las chelas, que el barniz y la vaselina. En una de éstas, que nos apagan las luces y siguió la música, y era una agarradera...

Me doy cuenta de que neta era un chingo de gente, y seguían entrando, hastasuputamadre de lleno, apretados, sudando, yo tenía a un cabrón atrás pegándome todo. Se la sentí. Hasta me besé con Karla, ¿tú crees?, en lesbianas las dos, equis. Ni vi adónde madres se fue el gordo de Paco, seguro a chupársela a alguien, porque ése es bien así; pues que se dé. Yo, te vas a reír, pero yo hice la cuenta y te juro que había tanto hombre que si todos se la jalaban ahí en vivo yo me iba a ahogar de tanto semen.

“¿Cómo te llamas?”, me preguntó el chacal que tenía atrás, y yo de: “Pues Evelyn”. “Estás guapa”, dice el otro, y yo de: “Ajá, güey”. Paréntesis: yo estaba pedísima a esa hora, eran casi las tres de la mañana, pero neta pedisísima; si el bato me hubiera culeado ahí, ni me acordaría. Me jaló al baño, y donde están los espejos, que me da un súper faje, bien intenso el tipo, tocándome como si yo estuviera buenísima; yo me sentía la mismísima esfinge con zapatillas turquesa, porque naca soy, y le mordí la boca y el cabrón que me mete la lengua, y como hacía un chingo de calor le eché el ron encima, me bañé de vodka. Yo me sentía perrísima, todo iba bien, pero de repente que nos zangolotean.

Un amigo suyo llegó: “No mames, güey, traen pistolas”, y que salgo a ver y sí: mira, tres hombres estaban en la barra y traían unas madres de este vuelo. No sé qué verga eran porque no conozco de armas, pero pistolitas no, las tenían ahí encima de la mesa, junto a la cerveza. Me asusté un chingo obviamente; si ya estaba caliente por el faje me puse a hervir, pero del miedo. Todos a esa hora ya estaban hasta atrás. Imagínate, es cuando la gente empieza con su decadencia: que se ponen a llorar y a cantar o a mamársela en sobres, y pasa el señor vendiendo rosas y el chavo de las paletas neón te quiere bolsear y el payaso con sus globos; era un desmadre de culos todavía bailando. Los brazos eran culebras. Se

subían. Los tacones de las viejas clavándose en los ojos y en los hombros de los batos. Todo por querer treparse a la pirámide de carne; a nadie le importó sentir uñas escalándole el cuerpo y pitos restregándose y nalgas duras y aguadas y tiesas de esponja y chichis y oliendo a pedos y a eructos. Y era una de putos... bailando encima de cabezas y lenchas que seguían trepándose arriba de las sillas, de la barra, de la tarima, adentro de las tazas del baño, pegados a los espejos, con los dedos rozando el techo y las jirafas riéndose de uno. Yo intensísima con el chacal feo besándome, Dios mío, el cuello le sabía a sal y los labios a ácido; todos masticando chicle de moras, cogiendo con la ropa puesta a un lado de las burbujas que se hacían con la orina de los mingitorios desbordados de tanto cabrón que se metía a mear, y las paletas de luces LED flotando en los charcos que también olían a cloro y Fabuloso y los globos de helio reventados. Y de tanto que se estaba inundando el lugar, te quedabas sin aire, neta, pero no importaba nada porque lo que inhalabas era el puritito aroma del vino blanco servido en caballitos; riquísimo todo, de veras, te digo: ri-quí-simo.

Luego pasó.

“¡¡¡TODOS ABAJO!!!”, gritó alguien, y empezó la tronadera. “¡¡¡TODOS ABAJO!!!”. No me la creía. Nos tiramos al suelo, nos tapamos la boca quién sabe por qué, era como si hubieran reventado un montón de cuetes. Fueron minutitos nada más. Los balazos parecían chispitas de brillantina. No se veía nada más que pura marea de gente cayéndose a rompemadre. Hasta que se fueron los hombres pararon la música, se prendió la luz y hubo una de gritos...

Salimos corriendo, la borrachera se nos bajó de jalón, los cachorritos brincaban, de tanta sangre uno se resbalaba. Mi vestido terminó manchado de mugre, chela, cigarro, vómito, sudor, sangre, lágrimas y fluido de unicornio. Había vidrios rotos, pétalos, mesas tiradas y muchísimos zapatos. Sentí que me hundía entre la marabunta. Esa misma multitud que bailaba ahora hacía una avalancha de brazos, piernas, colas y patas que se aventaban a trancazos contra la puerta. Se ahogaban de tanto cuerpo. Hasta se mordían con tal de respirar el aire de afuera. Los que estaban desangrándose ya nadie los miró, ni yo. Sólo queríamos salir del pinche averno.


Yo no veía al gordo de Paco por ningún lado, me espanté cuando llegaron las patrullas y las ambulancias

y empezaron a sacar camillas. El mapache con el que fajé ya ni me habló. “Se echaron a la Yiyi”, escuché decir. Vi cómo un policía le enseñaba a otro un casquete de bala, qué manía, había un chingo de esas madres adentro y lo último que pensé fue agarrar una, me daban miedo, pensé que iban a explotar si las tocaba. Me puse a gritar cuando reconocí el anillo de Paco, fui corriendo a destapar la sábana y ahí estaba el gordo, muerto, con los ojos cerrados y la mitad de la cabeza abierta como de mierda entre sus plumas. Le tocaron dos balazos, me enteré después.

Llegaron taxis, coches, triciclos y se llevaron a los que pudieron. Los policías se hablaban por radio; que no había salida de emergencia, decían; que eran tres hombres, que se fueron en motos, dijo otro. ¿Que quién los dejó entrar?, yo no sé. Yo entré en *shock*. Cuando me fui para la casa se veía tan grande la ciudad... Mi mamá seguro estaba dormida a esa hora. Me encerré en el baño. Tenía que cambiarme para ir al hospital, a ver qué se hacía con lo de Paco, quién más lo iba a hacer si el gordo no tenía familia aquí. Nunca se me había muerto alguien, así que no sé qué se hace, pero se siente bien culero.

Yo te juro, Dios, que voy a recorrer el país entero nomás para encontrar a la desgraciada esa. La gata. Por su culpa nos cargó la chingada a todos, yo sé que fue por ella, porque los tres cabrones que llegaron se echaron primero a uno de los gorilas con los que la puta se metió. Primero fueron por él, yo vi, y les valió verga, nos dejaron recuerdo a los demás. Y me vale, me vale un chingo; aunque no tenga nada que ver la gata, es su culpa. ¡Es su culpa, putamadre! ¿Por qué ella sí pudo escapar y yo no? ¿Por qué ella sí se salvó y mis amigos no? ¿Por qué no todos nos peleamos ese día con un novio para largarnos del antro 10 minutos antes de que los asesinos llegaran...?

Porque eres bien culero, Diosito, se te ve, neta yo espero que tú encuentres primero a la maldita, porque si yo lo hago voy a agarrarla a cachetadas hasta que se muera, y a los hijos de la chingada que dispararon y a los putos perros que se lo ordenaron. Te juro que cuando los vea les voy a cortar los güevos y a meter un enjambre de balazos por donde más les duela, y me vale madre si me matan después porque entonces al fin voy a poder ir contigo, culero. Te voy a agarrar a madrazos.

A ti, hijo de la grandísima que no hiciste nada, nada, hasta te burlas, parece que te ríes de lo que nos pasa sólo por ser así, y una de pendeja todavía hablándote... El día en que nos veamos, Diosito, cuídate, porque cuando yo te agarre, juro que te voy a partir tu puto cielo encima. 

 Yola Reyes. De la serie *Autorretratos en cuarentena*



Empedrado

MAD MAX

Una tirada de dados jamás abolirá el azar
Stéphane Mallarmé

Vierte fuego en su sangre la furia inyectada:
El machito del barrio, o el justo o el mártir,
lo mismo da: el sudor le reverbera, le sangra el coraje,
y deshace con la mirada igual a mochos y pecadores,
que le ven como erguida estatua despeñándose,
brutal y digna.

Le impulsa el mote inmerecido y recorre las colinas de asfalto,
familiares, guindas de riñas y recuerdos enmohecidos y punzantes.
No le vale el chillido alarmista de la urraca,
anidada en años de negra espera, colgada como está de la memoria
y sus tristes risas de verdor lorquiano.

Todo pasa de subida,
aunque le vieran removido desde lo alto de la rabia y la embriaguez;
al doblar su esquina ya ha sido cien veces su propio reflejo:
Lo que le aguarda ya es lo remendado en su correría de toro cañaveral,
que se goza en lo pateado y el postrer rebuzne.



Amapola

ANA ESCALANTE

AMario lo conozco desde la primaria, crecimos juntos. Más adelante, cuando me mudé a la ciudad, mantuvimos el contacto por las redes sociales. Teníamos una de esas conversaciones que no tienen ni principio ni final: cada uno contestaba cuando mejor le viniera, el día u hora que mejor le quedara, con toda naturalidad.

A pesar de ello, no fue sino hasta que estábamos por terminar nuestras carreras universitarias cuando Mario se atrevió a confesarme su mayor secreto: le gustaba practicar el travestismo. Llevaba haciéndolo unos cuantos años a escondidas, ordenando su indumentaria en línea.

Un mes después de que me lo contara me vino a visitar a la ciudad. Aprovechamos para ir a tiendas, plazas comerciales y tianguis en búsqueda de un vestido con falda plisada que él quería. El problema es que las cosas aún son complicadas, por lo que no se podía probar la ropa, pero yo trataba de ayudarlo a calcular más o menos cuál sería su talla ideal. Me alegró ver su emoción, y deseaba que pudiese usar lo que él quisiera en cualquier sitio —además de las cuatro paredes de su habitación—. Le dije que podíamos salir con nuestros vestidos esa noche, a un bar de la Zona Rosa. Lo pensó un momento y dudó, pero terminó aceptando.

Fuimos de vuelta a mi casa para prepararnos, y me entretuve un rato en su maquillaje y peinado, ¡quedó guapísima! Luego me sentí un poco mal porque hice un comentario en donde usé la palabra “disfrazarte”, a lo que me reprendió —y con justa razón— diciendo que no se trataba de ningún disfraz, sino de otra faceta importante de su vida. Además, me dijo que en esos momentos su nombre era Amapola.

Terminamos, nos tomamos algunas fotografías y salimos rumbo a Zona. Tomamos el metro en la estación de Nativitas, de la línea azul. Su nerviosismo era notorio. Yo iba volteando a todos lados, tratando de prevenir cualquier situación; lo bueno es que no sucedió mu-



Ángel Téllez. De la serie *Cotidianidad metropolitana*

cho: en esta ciudad casi todos somos invisibles. Si acaso, pude notar alguna mirada de reojo, con expresión de sorpresa. Llegamos a Pino Suárez, donde debíamos hacer el trasbordo hacia la línea rosa. Íbamos acercándonos a los andenes mientras veíamos cada vez más y más gente: estaba repleto. Ella lucía muy asustada, jamás se había enfrentado a una situación así, de hecho, ésta era su segunda vez en la ciudad. Le dije que no se preocupara, que confiara en mí, y nos abrimos paso en el andén, tratando de buscar un buen lugar.

Parecía que el metro llevaba un rato sin pasar. Todos lucían desesperados y molestos, y cada vez llegaban más personas. El calor era sofocante, el hedor de todos los cuerpos comenzaba a acumularse. De pronto comenzó una rencilla dos metros a la izquierda de

donde estábamos: al parecer le intentaron robar la cartera a un chico. Hubo gritos y empujones; el policía del andén intentó acercarse, pero le era imposible entre aquel gentío.

El caos se difundió y las discusiones por la incomodidad de la cercanía y los roces se dispararon entre la gente. Al otro lado, dos señoras comenzaron una pelea a golpes. El andén era un campo de batalla, un remolino de individuos hastiados. El policía pedía con insistencia refuerzos por su radio; al fondo del túnel se alcanzaba a ver la luz que indicaba que el metro estaba por llegar.

Volteé a ver a Amapola, que se encontraba delante de mí, cuando vi cómo un hombre enfrente aprovechó el momento de alboroto para tocarla de manera

inapropiada. Ella me miró y pude ver el pánico a través de sus ojos. Yo también lo sentí, pero no podía flaquear en aquel momento: le hice frente a ese sujeto robusto, de unos 1.75 metros de altura y expresión hosca. Por la adrenalina y el tumulto del lugar no pude entender lo que decía, y el hecho de que el tren estuviera por llegar hizo que la situación de alrededor fuera *in crescendo* mientras sentía cómo me empujaban por todos lados.

El desorden me aturdió y el ruido me desorientó; entretanto, aquel hombre gritaba y empujaba a Amapola. No supe qué hacer, así que yo también lo empujé con todas mis fuerzas. Era un tipo pesado, apenas si lo logré mover, pero eso, con toda esa gente apretujada, fue suficiente para que él empujara a otro chico y éste, a su vez, chocara con un hombre mayor que se encontraba cerca de la línea amarilla del andén. Todo pasó en un milisegundo. Vi cómo el hombre mayor perdió el equilibrio y cayó a las vías del metro e, instantes después, pasó rápidamente el tren por encima de él. Se escucharon gritos de horror.

Me sentí dissociada por unos instantes y, cuando recobré conciencia, Amapola me estaba mirando como si sus ojos se fueran a salir de sus órbitas. La tomé de la mano y, no sé cómo, logramos abrirnos paso entre toda la gente. Sentí que el tiempo que nos tomó llegar desde donde estábamos hasta la salida del andén fue eterno. Nadie nos persiguió, no sé si alguien vio con detalle lo que sucedió. Corrimos de regreso hacia la línea azul, llegamos al andén y tomamos el tren que arribaba, casi vacío.

Nos sentamos en los primeros lugares desocupados que vimos. Ella tapó su rostro con sus manos y alcancé a escuchar ligeros sollozos. Yo estaba paralizada, no podía creer lo que acababa de suceder. En los asientos de enfrente iba un grupo de cuatro hombres, con herramientas de albañilería y pantalones de mezclilla con manchas de pintura blanca. Tenían una expresión de intriga, pero mezclada con compasión; parecían incluso afligidos por la escena.

Llegamos de nuevo a Nativitas, salimos del metro y caminamos de vuelta a la casa en piloto automático. Ella se dio un largo baño y en cuanto salió —a pesar de que era temprano— se fue directo a dormir. Yo habría querido hacer lo mismo, estaba agotada, pero no

podía: llevé la computadora al sillón de la sala y busqué las noticias. Ya habían informado del incidente y de la muerte del hombre mayor, pero no se habían aclarado las circunstancias del suceso. Estaba temblando, sentía que en cualquier momento saldría una noticia más. La palabra *asesina* retumbaba en mi mente todo el tiempo, pues, aunque explicara lo que sucedió, nadie me creería. Ni siquiera yo estaba segura de si eso me quitaría culpabilidad.

Pasé horas refrescando las páginas de noticias, pero no salía nada nuevo. Nadie había dicho mi nombre, y en los videos de baja calidad que habían salido no se alcanzaba a ver lo que ocurrió entre aquel hombre y yo debido a toda la gente a nuestro alrededor. En la mayoría de las notas hablaban de un gran alboroto en el andén y de que la caída había sido consecuencia de los empujones en masa.

Ya entrada la madrugada me quedé dormida en el sillón. Desperté temprano porque escuché ruidos en la cocina, caminé hacia allá y vi que Mario hacía *hot cakes*. Siempre le ha gustado mucho cocinar. Nos sentamos a la mesa. Él comentó, a modo de broma, que ese desayuno era la cura para todo el mal del día anterior. Sonreí y asentí con la cabeza.

Más tarde empacó sus cosas. No hablamos del tema. Me agradeció por la estancia, nos dimos un gran abrazo y nos despedimos. Yo volví a la casa para comer más de esos *hot cakes* cura memorias. 📷



📷 Ángel Téllez. De la serie *Cotidianidad metropolitana*

Schadenfreude, del gen egoísta y la fuente de todo mal

FERNANDO VANEGAS

✍️ Adhara Miguel. Serie *El caos da luz a una estrella*

En su busca desesperada del mal auténtico cometió las más espantosas tropelías, pero siempre un bien, a veces mayor, resultaba de sus atrocidades sin freno.

Carmen Santoja, “La malvada infantita”

Nadie lo sabe, pero la hora del almuerzo representa la cúspide de su fantasía.

Aunque de niña descubrió que tenía habilidad para guardar secretos, fue poco antes de su décimo tercer cumpleaños cuando, por primera vez, tuvo un secreto que valía la pena custodiar celosamente. La hora del almuerzo representa la cúspide de su fantasía porque el secreto en sí mismo era un enigma incluso para ella. Pero luego de sobreponerse a las dudas iniciales, descubrió que es exhibirlo frente a su familia —que reunida en torno a la mesa lo ignora todo olímpicamente— y presenciar el daño que éste ha causado con absoluta impunidad —la feroz calvicie de su padre, el temblor descontrolado en el pulso de su madre, su hermano cada día más lento, babeante y enajenado— lo que la lleva al mayor de los éxtasis.

Sucedió cuando recién comenzaban las vacaciones de invierno y la tranquilidad de las paredes vacías se juntaba en un solo gesto con la luz opaca oculta tras las persianas. Sucedió que despertó sobresaltada y en seguida sintió un escalofrío en todo el cuerpo, algo semejante a un hormigueo, apenas una sensación que, pese a no a tener forma definida, parecía omnipresente. Pasado un rato de duda, cuando estuvo segura de que la sensación no sería pasajera, la embargó también la curiosidad, y con la intención de descubrir de qué se trataba realmente aquel asunto, recorrió su propia anatomía, desde el cuello hasta las uñas, palpando sus tobillos con detenimiento, dedicando varios minutos a los sobacos y a los ganglios tras las orejas. Y luego de emprender tales exploraciones, concluyó que la sensación debía venir de su estómago, pues de pronto sintió un retortijón y

N. del A.: *Schadenfreude* [ˈʃaːdn̩, ʃɪʁədn̩]: palabra de origen alemán (*schaden*: ‘daño’ y *freude*: ‘gozo, alegría’) que designa la alegría maliciosa por el fracaso de los demás, una intensa y furtiva satisfacción generada por el sufrimiento, infelicidad o humillación del otro.





tras éste un hambre feral, así que levantó sobre sus costillas la bata que usaba como pijama, y con el vientre desnudo, se dispuso a descifrar el enigma.

Y lo que descubrió debió, cuando menos, de dejarla perpleja. Boca abierta, diría ella misma. Porque no encontró nada. Al menos no a primera vista. Era, ya está dicho, una sensación, el inicio de unas violentas cosquillas y nada más. Algo impreciso, indeterminado. No encontró sino su piel reseca y una especie de vacío en las entrañas —como si llevara muchos días sin comer—, un vacío que la obligó a encorvarse sobre sí misma. Hasta que —en esa posición, casi fetal— se percató de una mancha diminuta y oscura cuya existencia había pasado por alto hasta ese momento; una mancha negra, acaso un lunar recién nacido, posado en la orilla izquierda de su ombligo. Y mientras rumiaba alrededor de las múltiples posibles (y bastante razonables) explicaciones para el origen de aquella mancha, se le ocurrió preguntarse si acaso, de alguna forma, ésta no estaría relacionada con esa extraña mañana que estaba teniendo.

La familia come con lentitud.

Tardan alrededor de media hora en terminar el almuerzo, y mientras tanto, ella espía con disimulo la expresión de su madre, cuyo pulso tiembla descontrolado cuando intenta llevarse la cuchara a la boca; la de su hermano menor, que tiene la cara embarrada de puré y contempla la pared sin parpadear, limitando su esfuerzo al mínimo, es decir: a la respiración; y la de su padre, que come con el ojo izquierdo fijo en el plato y el derecho cubierto por un improvisado parche, absorto en cada movimiento que da su mandíbula, envejecido como nunca, con el cuero ya desgastado visible entre los pocos cabellos que conserva.

Paladeando con gusto el secreto que posee, pese a saber que nadie podrá dejarla en evidencia, ella juega con la idea de ser descubierta. Si alguien se fijara en ella, a lo más notaría su emoción disimulada al presenciar el caos que la rodea, o su conciencia perdida dentro de sí misma, imaginando lo que ocurrirá a continuación, con terrible certeza.

Pero nada más.

Nunca la malicia ni el mal.

Nunca las peores intenciones.

Entre incertidumbres, por instintiva discreción, decidió que a nadie diría nada al respecto, que mantendría el tema en secreto. Claro que ese aún no era *su* secreto, sino otro más elemental, nacido de la vergüenza que le causaba verse en una situación tan incómoda, con su cumpleaños a la vuelta de la esquina, con las vacaciones a punto de empezar y ella aún en cama, con las piernas desnudas y los ojos clavados en la mancha, con la piel trasluciendo las costillas, y con la voz de su madre en la habitación contigua rompiendo la tensa quietud de la mañana, dándole los buenos



días a su hermano —a su hermano ahora bobo, a su hermano ahora inútil—, cuya mirada aún tenía alguna chispa de ingenio e interés.

No, ellos no lo saben.

Nadie lo sabe.

¿Cómo podría alguien saberlo?

¿Cómo podría alguien descubrirla?

¿Cómo descubrir en ella algún indicio?

¿Cómo si nadie la nombra?

¿Cómo si nadie la ve?

Sin entender por completo la naturaleza del hallazgo hecho en su ombligo, presa del nerviosismo, en esa ocasión se quedó en cama hasta la mediodía buscando sin éxito alguna respuesta. Minutos más tarde su madre al otro lado de la puerta anunció que era hora de almorzar, y cuando —hambrienta, por ornamento se diría que famélica— apareció en el comedor, su papá ya estaba sentado y no dejaba de comentar las noticias del día; y su hermano, que respondía más bien con astucia a pesar de tener apenas nueve años, ayudaba a traer platos, vasos y cubiertos de la cocina al comedor. Entonces también ella se sentó y en un impulso momentáneo, probablemente a causa de la curiosidad suscitada por la recién descubierta mancha, su mano derecha —oculta bajo la mesa y el mantel— se movió con firmeza en dirección a su ombligo y sólo cuando con la punta de los dedos rozó la mancha a través de la ropa, causando el mismo escalofrío, ella se percató de lo que hacía y se ruborizó sin que nadie lo notara. Lo que a continuación tuvo lugar pudo suceder segundos después, o en el mismo instante en que ella acariciaba la mancha, resulta imprecisable; lo cierto es que su madre apareció con una olla llena de lentejas. Lo siguiente fue un espasmo involuntario, tan repentino como violento, en las manos maternas —o en las muñecas, o en los nervios—, y luego la olla cayendo al piso, las lentejas regándose por doquier. Y sobre todo eso, el sonido vibrante, metálico y patético de la olla, que libre de su contenido rebotó hasta debajo de la mesa. Frente a ella las manos de su mamá temblaban sin control, y tras las manos la cara, la cabeza entera, toda su anatomía, semejando una marioneta cuyos hilos están severamente comprometidos. En cuanto al padre, que ante dicha sorpresa dio —como la olla— un salto, a partir de ese momento no dejaría de estar angustiado por su mujer, por el maldito temblor que se adueñó de ella. Su papá no tendría un segundo de paz, llevando la preocupación a tal nivel que cada tarde padecía intensos dolores de cabeza y en menos de un mes empezó a quedar calvo. Y su hermano menor, en esa edad tan sensible que son los nueve años, pasó a segundo plano tras los temblores de la madre. Su hermano de repente se vio completamente solo —pues ella no estaba interesada en brindarle compañía ninguna—;



sin atención ni supervisión, aprendió a jugar solo y en silencio, a ver televisión solo y en silencio, a todo hacerlo solo y sin decir palabra, a moverse lo menos posible para causar el menor ruido, hasta que *hacer* también dejó de interesarle y se fue quedando así, quieto y bobo, ajeno, en la nada.

Si no tiene cuidado se partirá un diente con la cuchara, le dice a su madre con la sonrisa contenida.

Mamá, a su vez, asiente y mueve los granos de arroz de un lado a otro en el plato, pero no se anima a seguir comiendo.

Entonces recordó la sospecha de esa mañana, su idea sobre la posible relación entre la mancha y lo sucedido, y de nuevo estuvo latente. En especial cuando las penurias se precipitaron —ese mediodía y los días que vinieron después— sobre su familia, porque mientras su madre temblorosa soltaba la olla y su padre perdía el control de los nervios y su hermano daba un paso firme hacia la imbecilidad más absoluta, ella sintió en el ombligo, en la mancha, que el escalofrío daba paso a un hormigueo que pronto se convirtió en intensas ganas de reír, en la más evidente alegría por lo ocurrido. Y escuchó —acaso en su cabeza o en su imaginación— que también la mancha daba un suspiro, o más bien un gemido de agradecimiento. Pero ella no era tonta como su hermano, ella había aprendido a desconfiar y aún no se convencía por completo. Hacía falta más, una repetición. Hizo falta que, poco antes del anochecer, fuese a la cocina y que tras su andar se desatara una chispa de aceite caliente que saltó del sartén y cayó directo en el ojo —o más bien en el párpado— de su padre, que en mal momento había decidido hacer la cena. E hizo falta también que junto al grito de dolor aparecieran, de nuevo, las mencionadas cosquillas, e incluso hizo falta que ella tuviera que salir corriendo a la intimidad de su habitación para no detonar un estallido de risa delatora cuando se asomó al baño y vio a papá echándose agua en la cara, desesperado, detalle que fue suficiente para por fin convencerla.

Su madre emprende un último intento por comer y minutos después una expresión de agudo dolor le invade la cara, confirmando que el temblor de la cuchara, en efecto, le quebró un diente.

Ella ahoga una carcajada y el cosquilleo de la mancha, de tan intenso, es por poco insoportable.

En ese arrebato pasó dos días enteros, segura de la responsabilidad de la mancha y de su propia culpa, que realmente no era culpa sino gozo. En la televisión los noticieros matutinos revelaban las más terribles tragedias aconteciendo a lo largo y ancho, y mientras más grande la tragedia, mayor el placer que la invadía. Todo tenía que ver con ella, todo dependía de



ella y estuvo a punto de echarse a reír, absolutamente satisfecha, incrédula y convencida al mismo tiempo, de que aquello, tan estrambótico, rocambolesco como la palabra misma, provenía de su mancha, origen de toda injuria. Y en ese arrebato salió después a la calle, al supermercado, a la panadería, al centro, a la plaza, al bulevar y a la estación. Y tras sus pasos se desató el infortunio, el caos y la desgracia en sus más variadas versiones, sobre todo y sobre todos, como una fuerza expansiva, entrópica, que arrasaba con cuanto había en su camino.

Luego del paseo volvió a casa y encontró a su padre sentado en el piso del salón, lamentándose amargamente mientras sostenía entre las manos un espeso mechón de pelo muerto. Entonces se asomó al cuarto de su madre y halló que se estremecía en la cama, presa de un escalofrío larguísimo, del mismo temblor, sólo que ahora arraigado en cada célula.

Y viendo aquello ella fue feliz, aunque a nadie pudiera confesar su dicha.

Y en un momento de claridad, pensó: mi tarea es hacer de la vida una mancha.

Y a continuación lo pronunció en voz alta: mi tarea es hacer de la vida una mancha.

Su padre luce desesperado. Abandona el comedor entre quejas ininteligibles y cuando regresa trae el botiquín de primeros auxilios, ocurrencia ridícula que en nada puede aliviar a su madre, cuya quijada no deja de temblar, empeorando el dolor causado por el diente roto, y por ende haciendo más pavorosos los gritos de agonía.

Maravilloso, piensa ella, quizá con otra palabra más cruel, más mezquina. Con gesto afligido mira a su madre y le pregunta si le duele mucho, luego mira a papá y le pregunta si puede hacer algo para ayudar, entonces voltea hacia su hermano y con la mano estirada le acaricia la mejilla mientras le dice que todo estará bien, aunque él no emita señal de entendimiento.

Y he ahí la sustancia de su secreto: no sólo albergar en el ombligo aquella mancha perversa, no sólo tener en el vientre la fuente de todo mal, sino el placer que aquello le causa. La hora del almuerzo representa la cúspide de su fantasía porque es entonces cuando, con absoluta impunidad, puede presenciar a sus anchas el daño causado por la mancha —la feroz calvicie de su padre, el temblor descontrolado en el pulso de su madre, su hermano cada día más lento, babeante y enajenado—; es entonces cuando ella ofrece falso aliento a su desgraciada familia, mirándolos a los ojos con simulada compasión mientras estos se lamentan, sin que nadie sospeche de su inocencia, sin que nadie adivine que la culpa es suya. **P**



La reclusión del caos: cuatro planos generales

HÉCTOR JUSTINO HERNÁNDEZ

I
Recuerdo la suspensión de clases debida a la epidemia de influenza A (H1N1) como unas vacaciones y no como un estado de emergencia. Era primavera y el calor dentro de casa me hacía estar tumbado en el suelo la mayor parte del día. Cursaba entonces tercero de secundaria y tres eran mis pasatiempos: fantasear con mis compañeros, ver películas e inventar historias.

Una de estas narraciones me asaltaba con especial insistencia. Trataba las desventuras de un grupo de personas que quedaban atrapadas en un edificio altísimo de apariencia infinita. Uno a uno, por diversos motivos, iban muriendo mientras intentaban escapar, hasta que sólo restaban unos cuantos que conseguían salir. Tendrían que pasar todavía un par de años para que me enterara de que ese experimento narrativo, el de encerrar a un grupo de personajes para que el caos los hiciera perder su estabilidad mental, ya se había practicado profusamente con anterioridad. Más aún: que se seguiría practicando hasta hoy. Así conocí exponentes tempranos como *La nave estelar* (1958) de Brian W. Aldiss, o *El ángel exterminador* (1962) de Luis Buñuel, o más recientes como *El cubo* (1997) de Vincenzo Natali, o *La cúpula* (2009) de Stephen King. Todas estas narraciones ponen en entredicho la cordura del ser humano cuando se encuentra en situación de cautiverio y busca de manera desesperada una salida.

El tema del grupo de personas aisladas que caen en el desorden se repite esporádicamente, con mejor o peor fortuna, tal vez como una herencia moderna de *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe, transformada desde la vivencia particular de un naufrago hacia una vivencia colectiva como resultado de la globalización. Incluso, no es descabellado pensar que se trata de un recordatorio sobre el encierro visto como un castigo para quienes incumplen las normas. Pienso en cárceles, en privaciones de la libertad que se remontan en la historia hasta los mitos. Basta evocar al minotauro, desde cuyo laberinto habita el reducido mundo al que lo han confinado: sus entrañas contienen un impulso destructor. Su encierro, además de castigo, es protección para los que están afuera.

Los minotauros modernos, las historias de encierro, parecen esconder un temor hacia la pérdida de libertad. Advierten, como cuentos de hadas, que el aislamiento transforma al ser humano y hace aflorar el caos que



habita en su interior. El deseo de destrucción, los bajos instintos, el ello freudiano. Estas historias parecen decir que el encierro, como un virus, también enferma al cuerpo.

II

El aislamiento suele representarse como un estado que alienta la degradación en el ser humano. Si lo más valioso que poseemos es la libertad, el encierro implica el sufrimiento, la desestabilización de nuestra realidad, la caída en el caos. Así lo pensaba Buñuel cuando filmó *El ángel exterminador*. Al respecto, escribió en su diario que veía en los protagonistas de su película “la imposibilidad inexplicable de satisfacer un deseo”. Por ello, ante la prohibición de salir, caen en el desorden y, hacia el final, en la pérdida de la rectitud que ostentaban al principio.

Esta inestabilidad y esta especie de miedo a la supresión del orden debido al aislamiento aparece en otras historias. Sobre el tema hay dos filmes que resultan ejemplares: *El castillo de la pureza* (1972) de Arturo Ripstein y *Colmillos* (2009) de Yorgos Lanthimos. El argumento de ambos tiene puntos de contacto: la familia está secuestrada por alguno de los padres, uno de los miembros se encarga de traer del exterior lo necesario para la subsistencia, el deseo de los hijos por salir detona la acción principal que lleva las historias de cada familia hacia la inestabilidad. Cada metraje, desde su estilo particular, propone que el aislamiento es un intento de protección que, de manera contraproducente, provoca un lento pero incontenible caos, una caída en picada hacia las acciones más lúgubres de quien intenta ejercer su libre albedrío.

III

Hay una libertad que no es física: la pequeña parcela gobernada por la imaginación; el espacio ignoto que deja libre a la creatividad, ese animal salvaje que huye hacia los páramos vírgenes donde aún no se ha plantado antes ni se ha construido edificio alguno. La cultura, entendida cual definición de diccionario como todo aquello que produce el ser humano, se elabora en la mente por medio de escapes a lo ya conocido, al no-hacer, al tedio. Es decir, a través de la imaginación se exploran nuevos espacios que pasan a formar parte de la cultura. Esta capacidad de construir en la mente, de crear en lo abstracto, la entendió mejor que nadie Boccaccio cuando en el *Decamerón* (1352) hizo que sus personajes contaran historias para pasar el tiempo mientras duraba su encierro. Ellos recrean narraciones que ocurren en un afuera ausente, así consiguen salvarse del naufragio de su mundo y se protegen contra la tormenta de la peste.

En *La habitación* (2015), película de Lenny Abrahamson, ocurre algo similar. Una mujer ha sido encerrada por un hombre atroz. Fruto de este

secuestro y de las vejaciones del hombre, nace un niño. Al cabo de varios años, la ahora madre pasa el tiempo con su hijo pequeño de diversas maneras: leen, ven televisión, construyen cosas con bloques o con papel. Ante la falta de un afuera para divertirse, utilizan el interior, aquello que está al alcance para explicarse a sí mismos el reducido mundo que habitan.

Hacia el final de la película, el niño vuelve al sitio del cautiverio. Descubre que el lugar, tan amplio y luminoso en sus recuerdos, es en realidad de tan sólo unos metros cuadrados y que la apariencia espaciosa se trataba de un engaño construido con el esfuerzo de su madre por ensancharle el mundo, por hacer de su encierro un espacio habitable. Este elemento de contraste, lo diminuto de la habitación y lo amplio de los recuerdos, refleja la capacidad del ser humano para construir un universo vasto y sin fronteras, la habilidad para vencer al caos que surge de la reclusión.

IV

En *La nave estelar*, Brian Aldiss plantea la existencia de un transporte en el que viajan tribus humanas que han olvidado el sitio en el que están y creen que el mundo limitado que habitan es todo lo que existe. Entre más aisladas están las tribus, menos tecnología tienen; esto se debe a que los más cercanos al centro de comando impiden que dicha tecnología le llegue al resto. Este subgénero de la ciencia ficción, llamado *nave generacional*, plantea la posibilidad de un aislamiento interestelar que, en el peor de los casos, lleve a los tripulantes al caos. Así pues, el miedo al desorden también está presente en elementos aparentemente tan lejanos al centro, muchas veces elitista, de la alta cultura porque parece que el temor a las consecuencias del encierro es un sentimiento general, que se encuentra siempre a punto de emerger.

V

Desde la sala de mi casa, durante esta crisis sanitaria provocada por la covid-19, que nos ha obligado a la cuarentena, lucho contra la dispersión, contra el desconcierto y el caos. Esta contienda es una forma de resistir ese miedo que parece universal. Me he rodeado de lecturas, de películas, de trabajo, de formas para sobrellevar el tiempo. La situación no se equipara a la manera en que viví la cuarentena provocada por la influenza A (H1N1). Me he vuelto consciente de un peligro que no sólo se encuentra en el virus, sino en el cambio de vida durante y después del aislamiento. Sin embargo, más que la toma de postura frente a este acontecimiento —que tal vez recordarán los libros de Historia— se ha despertado en mí un temor ante la idea de no entender por completo el estado en el que vivimos. Tal vez así se sintieron en su momento los soldados que luchaban en el frente durante la Segunda Guerra Mundial, las personas que

sufrieron la peste negra, o los peones que no querían unirse a las filas de los ejércitos revolucionarios: algo terrible pasaba a su alrededor, pero el intento de salir a flote como individuos era más importante, o quizá más sencillo de sobrellevar que el acontecimiento en sí. Y a lo mejor las grandes hazañas, los hechos puntuales, no fueron más que momentos en los que alguien tenía que tomar decisiones que estaban por completo fuera de su entendimiento.

Ante la amenaza de caer en el caos provocado por el aislamiento social —como los naufragos de *El ángel exterminador*, los viajeros de *La nave estelar* o la familia de *El castillo de la pureza*—, la búsqueda de la libertad a partir de la apropiación de historias, ya sea que formen parte de libros o películas, es un viaje que se puede construir día con día. De esta forma se atenúa, aunque sea un poco, el temor hacia un evento que va más allá de la comprensión individual. Porque el caos, ese caos que amenaza con desintegrarnos y que tanto se repite en las historias de encierro, también está dentro de uno mismo. **P**

Jessica Vázquez Enamorado. De la serie *Missed chaos*



Jessica Vázquez Enamorado. De la serie *Missed chaos*



Karina Santiago. *Adentro*

Lo mismo de siempre

JOSÉ ARTURO CAUICH CANTO "CAC"

Yolanda enfureció al mirar a Marcelo, su esposo, acostado en el sofá y mirando la televisión.

—Mírate, cabrón, siempre estás echado sin moverte ni hacer nada.

El hombre no dijo nada, prefirió ignorarla. Yolanda cogió sus llaves y se marchó al mercado. Marcelo se quedó mirando la televisión y se durmió como de costumbre. La ciudad tembló. La casa quedó reducida a escombros. Escuchó barullos, llantos y despertó exaltado. Todo era un caos: el polvo se levantaba y le cubría el cuerpo, alrededor de él hombres quitaban escombros. Asustado los esquivó uno por uno. Miró a su esposa, quien lloraba de rabia y tristeza ante un cadáver al mismo tiempo que lo sacudía y repetía con voz afligida:

—Levántate por favor, no te quedes aquí echado sin moverte ni hacer nada.

Karina Santiago. *Paisaje (detalle)*

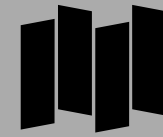




Mariposas aves migratorias con alas de dos tonos desplegándose unos tres metros

El cocodrilo Con su radiante buche abierto pone su mirada en un desayuno

Una preocupación que afecta el ecosistema de un universo teóricamente infinito



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

PLEGARIA DEL GRILLO

HEREDADES

PUELCHÉ DE DESPEDIDA
PARA LUIS SEPÚLVEDA

ENTRE VOCES

ANUDAR LA CARNE, EXPANDIR
LA SENSACIÓN

BAJO CUBIERTA

MARINA PEREZAGUA
O LOS ARRULLOS DE LA GUERRA

LA CULPA DE SER MADRE





Plegaria del grillo

JOSUÉ LEDESMA

Creo en el lenguaje de la noche
puedo escuchar la plegaria del grillo
—Dios se anda tranquilamente
trastabillando por las coladeras—
que agradece, canta, da algunos saltos,
lo devoran.



✍ Salvador Cortazar "Ruzski".
De la serie *Manifestaciones poéticas desde la biología*



Puelche de despedida para Luis Sepúlveda

MARIANA DEL VERGEL

*Veo un río veloz brillar como un cuchillo, partir
mi Lebu en dos mitades de fragancia, lo escucho
Gonzalo Rojas, "Carbón"*

Nos mecemos suavemente en lo alto de los guapaques. Nos mecemos con el viento suave sobre la fluvial corriente de los que parten y no dicen hasta pronto porque no se han ido.

Hoy el sarcófago se abre y la amplia memoria del escritor Luis Sepúlveda (1949-2020) nos hace recorrer latitudes diversas: partimos desde la ilustre ciudad de Ovalle hasta bajar a Alemania con el boleto de regreso para echar un vistazo al paisaje romántico de Heidelberg —donde el escritor realizó sus estudios universitarios—. Después recorreremos fugaces Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, Perú y Bolivia. Y así pasamos a la región pampeana mapuche y a la Amazonia, y descubrimos cómo todo el bosque está contenido en su verde nombre: la fascinación nos embarga al ver a las mujeres Amazonas con su fuerza de guerreras. También navegamos por la ruta costera de Gijón. Y "el mar, el siempre mar"...

El viaje es un ciclo que continúa infinitamente, pero sin serpiente ni autofagia: sólo el barco que se mece y el mapa con las rutas de Simbad. Las tantas latitudes nos hacen voltear a nuestro hogar, y pronto sabemos que Sepúlveda —llamado "el ilustre desconocido"— nos roza el hombro cuando se mueven las ramas del frondoso paqui:





en México se siente más que en otro lugar porque su eco escritural resuena en alguna biblioteca pública de Ocosingo, en Chiapas. Entonces descubrimos la mañana en la que Carlos Pellicer y Luis Sepúlveda se encontraron en la puerta de entrada de la selva Lacandona y la convirtieron en su lar. Un instante antes, el chileno acaso anuncia su encuentro con el poeta:

No conozco a ese hombre que se detiene a la orilla del río, que respira hondamente y sonrío al reconocer los aromas que viajan en el aire. No lo conozco, pero sé que ese hombre es mi hermano.

Ese hombre que sabe que el polen viaja prendido a la arbitraria voluntad del viento, mas confiado y soñando con la fértil tierra que lo espera, ese hombre es mi hermano.

Y Pellicer le habría correspondido, habría encendido la fogata y le habría dicho en voz muy alta: “Todo es como debe ser. El fuego atrae a los insectos. El jaguar y el oso hormiguero observan desde lejos. El perezoso y el lagarto quisieran acercarse. El escarabajo y el ciempiés se asoman entre el follaje. Las lenguas del fuego dicen que la madera arde sin rencor. Sí. Todo es como debe ser”.

La explicación no es necesaria en su encuentro. Sepúlveda nunca ha viajado solo. La fraternidad lo abraza porque sabe ver la amistad desde las dos caras de una misma luna, y de él nosotros escuchamos siempre: “¡Hermano mío!”. Su vocación de trotamundos está realmente fijada en la hermandad, y la idea de la amistad la vuelve errante al pasar por las estancias que recorreremos desde el lugar donde uno se proyecta y donde cualquiera que llega es bienvenido.

Cierto. Es grande la bondad de Sepúlveda. ¡Y cuán cerca está de nosotros! A lo mejor el primer cuento (inédito) que escribió en la adolescencia, “Las excitantes aventuras

de una profesora de historia”, sería un regalo para los aficionados de Pacheco que —no contentos con la respuesta de Mariana— terminaron a regañadientes las últimas páginas de la novela, decididos a cerrar el libro y voltear a ver la obra de Alberto Isaac en la pantalla grande.

En una columna publicada en 1997 para el diario chileno *El Sur*, se relataban las palabras de un acto a hurtadillas que el escritor Luis Sepúlveda realizó a cambio de un regalo afectuoso: en la nota, el escritor confesaba cómo robó un disco de los Beatles en un local santiaguino de la Feria del Disco. Su presupuesto era corto, pero su ambición por dárselo a su querida, a su polola, era suficiente para tal atrevimiento. Al final, el escritor decidió llevarse un *single* pagado (¿de Violeta Parra?) y otro (el de los Beatles) bajo la chaqueta. Así —cuenta el escritor— el robo no sería total. Si San Agustín hubiera visitado al chileno en alguna noche de insomnio, con su *Sermón de la montaña* bajo el brazo, habría reconocido abiertamente que el pecado no se llegó a cumplir en el chileno. Su “delito”, habría dicho San Agustín, se arropa de un gesto humano. El resultado es el beso anacrónico que lo inmuniza.

Cuando volteamos al río descubrimos que la voz de Sepúlveda no se vuelve Esténtor retumbante, víctima de opresión. Al acercarnos a su obra, sentimos en sus líneas sencillas —además de la decisión de no destinar media vida a la compleja orfebrería del lenguaje— cómo sus palabras toman forma desde el pensamiento del hombre que reconoce la mano de otro que la estira, desde la mano compasiva que recurre a otra que se le parece: el escritor de *Un viejo que leía novelas de amor* (1989) sabe que no son las mismas las manos del opulento que las del mendigo. Cuando recuerda al *Mío Cid* se le clava la pregunta: “Lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?”. Entonces él decide, consciente, prestar voz a quienes no la tienen. La figura del “guardavoz” que cede la palabra no es lo que mueve a Sepúlveda, sino la posibilidad de entablar un diálogo con sus hermanos al disponer las palabras de orilla a orilla.

Muchos queremos sumarnos a esta determinación del chileno ante la palabra, queremos sumarnos a la hermandad universal de los exiliados, y entendemos que debemos ofrecer el señuelo de nuestros recuerdos y que en nuestra ofrenda nada será en vano. Los deseosos

somos otros porque nos sabemos llamar por nuestro nombre en diminutivo con gran cariño, y porque vemos lúcidamente el dibujo del emblema “Trastierro” entre los cirros y reconocemos que dicho emblema está a la misma distancia entre José Gaos y Gonzalo Rojas. Y a nuestra idea de trastierro se suma la voz de León Felipe, el poeta de barro: “Sensibles a todo viento/ y bajo todos los cielos [...]. Que sean todos los pueblos/ y todos los huertos nuestros”.

Nos mecemos y las vainas pardas se mueven con sigilo en nuestro paquí. Detrás del crujir de las hojas se desprende una fila en espiral de voces: Francisco Coloane le agradece a su discípulo y le siembra la noción de lejanía y la nostalgia del regreso. Julio Cortázar le deja —en un empuje de box— un amable derechazo a su mentón de lector cruel, que abandona el libro si no le han contado la historia en la página cinco. Poli Délano lo reprende necesariamente y le hace ver el pañuelo negro de la plañidera y su diferencia tajante con los forros de tela que guardan con fortuna la literatura de exilio. ¿No es José Donoso quien lo crisma en la lista chilena de la Generación Emergente? El amigo piedra que le engendró la huella del Romanticismo alemán —Pablo de Rokha— lo invita a su convite literario y lo enseña a recitar en voz alta el canto al ejército rojo. Y hasta el canto de Silvio Rodríguez enuncia a su amigo Luis entre oraciones, haciéndole llegar una candorosa carta “Para la espera”.

Todas las vainas desprenden su olor agrídulce con el viento y exhalan el fruto de anhelo por permanecer en la luz. Nos acompañan voces de guayaquileños y la tonadilla de los altivos quebrantahuesos. Algo nos dice cómo nos hemos internado —en éxodo imprescindible— hacia el lado oriente de la selva. ¿En El Idilio?

El 16 de abril del 2020 Sepúlveda descendió hacia las raíces de su araucaria, o lo que es lo mismo: hacia el sur-ser porque algún renegado ilustre, algún cicerone de Chile, le pidió que compartiera más sobre su nota del diciembre pasado en *Le Monde Diplomatique* y lo invitó a su cocina diciéndole “te espero con la mesa puesta para una eterna metamorfosis de ti mismo”. Esta noche, Sepúlveda, el viajero viejo, tampoco cenará solo. 📍

Anudar la carne, expandir la sensación

VALERIA AGUILAR ALTAMIRANO

El giro corporal ha sido la médula de la Sociedad de Carne y Hueso. Los procesos inmersivos les han traído una experimentación muy fina en la que su relación con Eros se plantea desde otra parte. ¿Qué tan entrenadx estás para sentir? A lo largo de cuatro años de experimentación lograron desarrollar una propuesta, en flujo constante, que pone en el filo de la carne la multiplicidad de las sensaciones. El encierro orilló su propuesta a otro lugar y dio paso a Erohome. DIY No-Shibari, que sucederá en medio del confinamiento y con mucha distancia entre los asistentes que se preguntan qué esperar. Entrevisté a Aura Arreola, artista escénica, directora, gestora e investigadora fundadora de El Festín, para platicar sobre lo que significa esta propuesta audaz en medio de un ambiente caótico que parece ser ya cotidiano.

La Sociedad de Carne y Hueso tiene como una de sus principales propuestas el retornar al cuerpo. ¿Desde cuándo y por qué consideran ustedes que nos fuimos del cuerpo? ¿Qué proponen con la idea de retornar?

—Éramos conscientes de que ya había pensadores y pensadoras que escribían sobre esta necesidad de regreso al cuerpo, no es algo que inventáramos. Creo que se veía venir justamente porque la virtualidad y el mundo digital estaban distanciándonos, y es esa distancia la que ocasiona afectaciones. Afortunadamente, en la Sociedad... pudimos aplicar esta visión de volver al cuerpo desde hace unos años hasta que nos alcanzó la contingencia. La cuestión es que estamos en un momento en el que tenemos la oportunidad de mirar al cuerpo y tener una relación más cercana con el nuestro, de escucha más sensible porque estamos en una cotidianidad extraña, nueva. Me parece que ahí hay una oportunidad de reconocimiento de nosotros mismos con nuestro cuerpo y que gracias a ella podemos generar una relación distinta con los otros cuerpos y con lo otro, transformarla.



📷 Sandra Blow. El Festín NYE Selina, enero 2019

¿Cuál consideras que es la potencia de la sensación para reformular las relaciones con el propio cuerpo, los otros cuerpos y lo otro?

—Para mí fue importante, desde que estudiaba Butoh, el énfasis que hacían muchos maestros en las sensaciones. Ellos, muy en contra de la emoción, apelaban a una respuesta contra la manera en que Occidente la utiliza en el teatro y en la construcción del drama. A mí me pareció una puerta muy interesante para comenzar a indagar sobre el cuerpo desde un lugar en el que, definitivamente, no está la razón. La sensación nos lleva mucho al presente, a un presente inmediato, y está íntimamente ligada a la percepción. Poder tener una experiencia sensorial y transformarla en movimiento o en relación con lo otro es otra gran puerta de entrada como proceso cognitivo. Sentir el presente te permite entrenar una percepción más aguda, propicia una relación con el instante, pues la percepción se nutre de las imágenes corporales que remiten a sensaciones experimentadas con cualquier estímulo cotidiano.

En mis talleres a veces hago un experimento muy divertido: les digo a los participantes que se pregunten cuántas sensaciones al mismo tiempo realmente pueden sentir; porque todo el tiempo tenemos estímulos de todo tipo: olemos, vemos, sen-



📷 Sandra Blow. *El Festín NYE Selina*, enero 2019

timos la piel. Entonces la cuestión es saber qué tanto podemos entrenar la percepción consciente de más estímulos al mismo tiempo.

A propósito de la búsqueda de retomar la sensación para traernos a un momento presente, a la inmediatez, y sabiendo que su propuesta es pionera en las experiencias inmersivas, ¿a qué se refieren con lo inmersivo y qué antecedentes hay detrás?

—La inmersividad como forma de arte ya es conocida y ha sido explorada desde Londres, sobre todo en el teatro. A mí me llegó la inquietud a partir de la pieza *Sleep No More* de la compañía Punchdrunk. Después estudié específicamente a Josephine Machon, que empezó a recabar información sobre arte inmersivo y a ampliar la diversidad de propuestas que surgieron bajo

este nuevo, digamos, “género”, que no es en sí un género porque se expandió con la esencia misma de la interdisciplina. Esto empezó con el *immersive theater*, pero después se amplió hasta llegar al *immersive art* para acoger todas las propuestas que comenzaron a surgir.

Como Machon lo define (y me gusta mucho su forma de hacerlo), el arte inmersivo es, tal cual, tirarse un clavado a una alberca. Cuando lo haces cambia toda tu realidad, tanto que no puedes ni respirar, estás totalmente envuelto por ese medio, y al salir de ahí ya fuiste transformado por esa experiencia. A mí me parece muy ilustrativo este ejemplo para explicar la idea de la inmersión, que tiene que ver con multisensorialidad. Es algo que ya había experimentado antes con el *Butoh*. Me preguntaba por qué resonaba tanto con el *immersive art*, si había un vínculo con el *Butoh*, o si éste había sido una influencia que hubiera permitido emerger la idea

de la inmersividad, de la creación de atmósferas y la relación con lo sensorial.

En el *Butoh* encontré muchos apuntes sobre la sinestesia, muchos ejercicios sobre imágenes sensoriales como ver con los ojos o lamer con la mirada; hacían este tipo de desfases, juegos sinestésicos imaginativos. Esto y la posibilidad de explorar desde una atmósfera multisensorial me parecían fascinantes. La estimulación multisensorial es una parte importante de aquello a lo que apela el arte inmersivo. Desafortunadamente, a mi parecer, con el tiempo se comenzó a llamar inmersivo sólo a la realidad virtual y la tecnología, sobre todo aquí en México. En Inglaterra hay una tradición fuerte de teatro y arte inmersivo: es algo que la gente y los espectadores de teatro, danza y arte ya conocen. Pero aquí no llegó un *boom* o una variedad de propuestas. Yo defiendo que la inmersividad apunta a un presente, a una presencia, a un encuentro en el que, como dice Josephine Machon, se trata de hacer sentido y sentir haciendo: la relación crucial entre *making sense* y *sense making*, cómo podemos ir de la sensación al significado y del significado a la sensación. Esto es fundamental en mi experiencia, me ha atrapado más que cualquier otra como espectadora.

Durante sus años de investigación performática y siendo una práctica tabú en varios niveles, ¿cómo lograron integrar DIY No-Shibari a una experiencia inmersiva?

—La parte del *Do it yourself* es el inicio de una investigación abierta. Lo último que estábamos haciendo con *El Festín* antes del encierro era *Erosessions*, cuya parte central era el *performance* participativo de *Shibari*. Esto había formado parte del proyecto desde el inicio, pero de una manera más escénica. Poco a poco mutó hasta que en septiembre del año pasado decidí, como diría Marina Abramović, hacerlo participativo. Mi propuesta fue un *crossover* entre dos *performances* de Abramović: aquel que sucedió en el MOMA, en el que ella se sentaba en una silla, y otro más que sucedió en los setenta: había una mesa con diferentes objetos, incluida un arma.

En el caso de *El Festín* puse una cuerda y otros objetos que usaba para que quienes participaban decidieran

qué querían que yo hiciera. Como era la primera vez, yo no sabía qué iba a pasar. Había además un *performer* para lubricar la participación por si hacía falta, pero no fue necesario; el dispositivo de Abramović funciona muy bien. Esa vez el *performance* acabó porque un participante del público tomó el cuchillo que yo utilizo para otra escena y lo enterró en la mesa. Yo estaba demasiado sensible por todo lo que estaba conectando con la gente de una manera súper amorosa, y de repente irrumpió la violencia, y además, por parte de un hombre. Después de esa ocasión sólo puse las cuerdas, sin cuchillo; fue un buen aprendizaje que posteriormente detonó una reflexión conjunta sobre las maneras de ejercer la violencia patriarcal de manera simbólica.

Comento esto para decir que lo último que hacíamos en *El Festín* era contacto profundo con la gente y comunicación no verbal a partir del tacto: la información se obtenía al tocarnos. Lo que yo percibí en esa exploración fue que, aunque el dispositivo del *Shibari* está etiquetado con el sadomasoquismo, lo que yo sentía que me pedían era amor. Ahí empezamos a articular una diferencia muy clara para separarnos del cliché del sadomasoquismo y de las relaciones de poder que no nos interesan en *El Festín* ni en nuestra aproximación al Eros.

La contingencia canceló la posibilidad de compartir espacios. ¿Cómo encauzaron su propuesta hacia otra alternativa?

—La *Sociedad de Carne y Hueso* siempre ha tenido como origen la idea del encuentro, de la intimidad y de la presencia. Por eso ahora ha sido un momento muy importante para repensar cómo podemos volver o, más bien, cómo se transforma desde la situación que vivimos. Definitivamente seguimos teniendo esta experiencia corporal cotidiana, pero el aislamiento es una condición que no imaginábamos. Cuando llegó la pandemia fue un gran *shock*. Ante eso la pregunta fue: ¿cómo voy a acercarme otra vez? Y creo que la respuesta no fue lo más evidente: hacer un *streaming del performance*. Supimos que tendríamos que investigar todas las posibilidades más allá del *streaming*, que era lo más inmediato. Queríamos empezar proponiendo algo para vivir el encierro a través del



parámetro de nuestros propios cuerpos, para saber cómo se estaba transformando y cómo resistiremos a ello, cómo *hackear* la biovigilancia y el control digital sobre los cuerpos. Y aunque claramente hay un sesgo de control y vigilancia no sólo me concentro en ello, pues el aspecto del cuidado de nosotras mismas me parece fundamental para poder contrarrestar esa sensación y lograr una transformación en el cuerpo. Así que elegimos hacer algo que la gente ya nos había pedido anteriormente: querían aprender a hacer ellos mismos el *Shibari* e involucrarse con él, extender lo participativo.

Así volvimos al inicio, y coincidió con una invitación de la revista *Coolhunter* a proponer algo diferente en medio de la proliferación de clases de yoga o ejercicio *fitness*. No había mucha gente de danza con herramientas distintas para llegar a otros estados corporales-mentales. Finalmente, Iraís Bermejo y yo hicimos un *streaming* desde mi casa. Regresamos a la sala donde surgió *El Festín*, volvimos al ambiente íntimo donde cinco chicas hicieron su primera exploración sobre el erotismo. La primera vez que se presentó el proyecto fue en casa de mi tío, no quería nada institucional porque no sabía qué esperar. Había una potencia muy fuerte en la relación con nuestro espacio íntimo. Pensé que si nosotras dos, las sobrevivientes de este proyecto, no sabemos lo que decimos y comunicamos, o incluso cuándo volveremos a encontrarnos, tenemos que aprender a hacerlo por nuestra cuenta: tú misma debes saber cómo replantear tus relaciones para no generar dependencia, que no deja nada más que frustración y nostalgia. Decidimos darle herramientas a la gente para repensar sus propias relaciones desde un Eros que no pase por una relación de poder o una binaria: activa-pasiva. Eso es lo que queremos probar en este nuevo momento de la investigación de *El Festín*.

En este primer momento de reconfiguración, después de asimilar el caos, ¿cómo es que en lo personal y desde la intimidad como cocreadoras pueden plantear y proponer una experiencia íntima, a través de un medio digital, a otra persona?

—Creo que ése es el meollo de la experimentación. Hemos propuesto tres partes. La primera es un *performance* en el que se quiere transportar lo performático a lo audiovisual; ahí la cámara ya es parte de ello, no se limita a hacer el registro, pues acompaña el gesto y el movimiento; provoca una re-mediación del suceso hacia lo audiovisual. En la segunda parte habrá una especie de tutorial en el que comparto mi acercamiento al *Shibari* y cómo se distingue de la acepción tradicional. Por último, proponemos una improvisación colectiva: la parte en la que menos control tendremos, pues depende de los participantes. Queremos experimentar el potencial de la intimidad de cada recuadro en la pantalla: ahí no sólo estás tú presentándote como quieres ser visto, hay un cachito de ti que aparece más allá de lo que quieres mostrar.

En estos días me ha pasado que al entrar a un taller me da mucha curiosidad saber dónde están esas 140 personas conectadas, dónde entrenan. Parece que nuestras reglas de socialización son obsoletas; y creo que bajo el influjo de Eros y desde un ambiente relajado y consensuado, es interesante permitirnos tener curiosidad sobre los espacios íntimos. Aparecen sin querer los bien conocidos voyeurismo y

exhibicionismo. Para esa última parte nos mudaremos de Vimeo a Zoom, la cámara prendida o apagada será una decisión de cada participante; esto alude a los recorridos espaciales que solemos hacer cuando trabajamos en físico. Ahí nos podremos ver y mostrar como queramos, usando las herramientas del amarre o no. Queremos ver qué sucede, curiosar, provocar la improvisación colectiva. Una de las preguntas que más me inquieta es saber cómo se está transformando la intimidad.

No sabemos qué esperar, pero creo que podemos aprovechar esta oportunidad de ir en contra del encierro. Tenemos la opción de centrarnos en lo que estamos perdiendo, eso de lo que ahora carecemos, pero también en las oportunidades que abren estas herramientas. Sabemos que no van a suplantar la presencia de los cuerpos, pero algo encontraremos en el uso distinto de lo que tenemos a la mano.

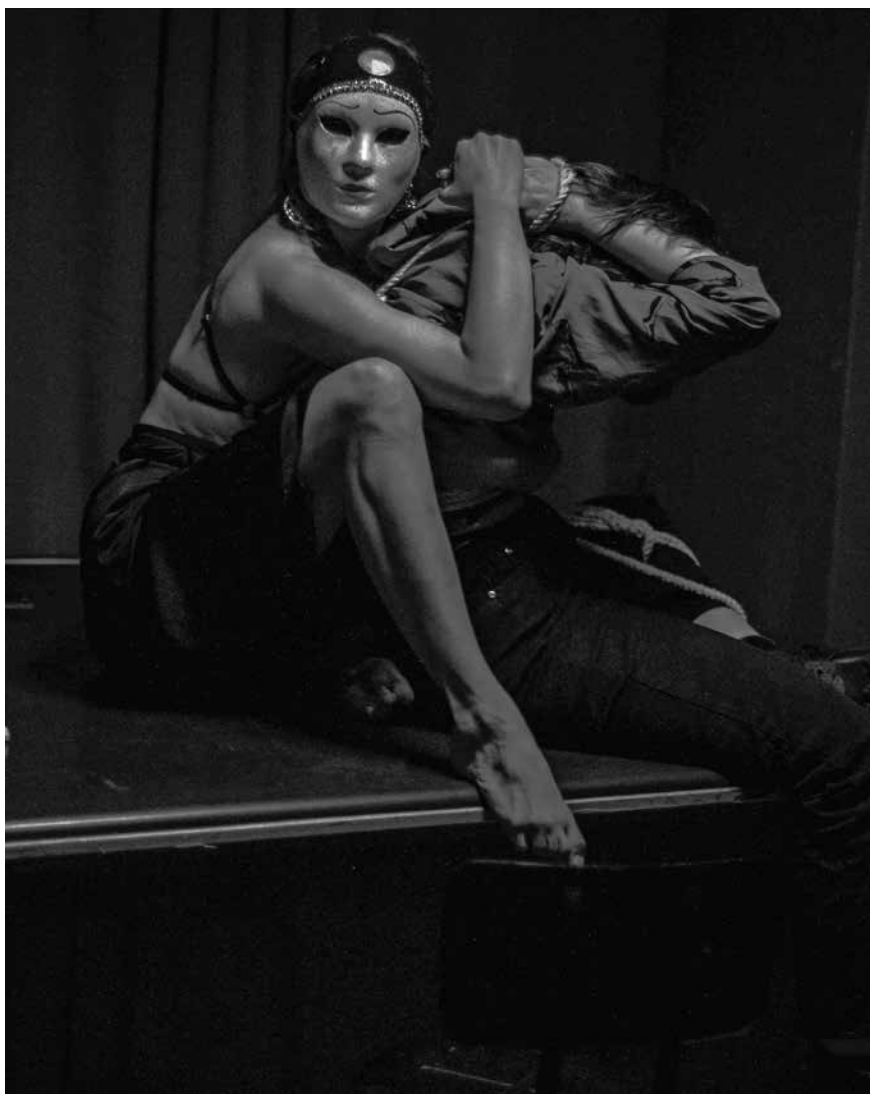
Por último: ¿no es paradójico ofrecer una experiencia de Shibari en una situación de encierro, inmersos en un entorno y contexto caóticos como el actual, en el que parece que estamos atados de manos? Es decir, ¿para qué atarnos si ya nos sentimos así?

—Creo que ante la inquietud de encontrar otras relaciones sexoafectivas y eróticas entre nosotros, el sadomasoquismo es un gran pretexto para replantear la relación de poder y sumisión que nos aleja del Eros, pues el poder va en su contra. Consiste justamente en ir hacia el otro, y la posesión mata al Eros. Me parece que cuando se amarra un cuerpo y se lo inmoviliza por completo, éste se vuelve infértil; en cambio, generar sólo una restricción es más interesante, pues desde ahí se puede generar otra libertad, una nueva. Es una metáfora de la improvisación: cuando se tienen todas las posibilidades abiertas es fácil perderse, pero una consigna específica lo vuelve todo más sencillo: ir de arriba a abajo y ya, ahí tienes que encontrar tu danza. Se parece a eso. El *Shibari* es un pretexto para reflexionar sobre la posibilidad de movimiento dentro de esta restricción. En ese sentido, es una metáfora de nuestro presente. En este espacio en el que estás confinado, ¿cuántas posibilidades hay?

Para mí eso es lo importante. En el *Shibari*, la precisión en la técnica y en la estética son centrales; desde mi perspectiva es muy relevante, pero está al mismo nivel que el *performance* mismo, se inserta en la danza de seducción. El nudo que voy a mostrar lo haré en mi propio cuerpo, pues para mí es vital que una misma tenga la sensación primero, para que después se tengan la sensibilidad y la empatía para saber qué es lo que está sintiendo el otro. El límite, entonces, es jugar con la posibilidad de movimiento y la restricción autoimpuesta, y justo así es la vida. Ya no necesitamos que nos esclavicen: nosotras nos explotamos y nos autodirigimos. Creo que como práctica puede ser muy reveladora, de autoconocimiento, con un material simple. Podemos saber cómo restringimos nuestro propio cuerpo y dónde está la libertad en esa restricción, qué posibilidades hay. Creo que el cuerpo siempre supera las limitaciones más inmediatas. Como en la danza Butoh: cuando transgredes los límites físicos que crees que tienes, hay algo que se amplía.



Hay una contradicción en la idea de “nueva normalidad”: nada nuevo es ya normal. De una contradicción se sigue cualquier cosa, así que recurrir a las restricciones del Shibari para hacer frente a la situación que nos tiene atados es una puerta para experimentar eso: cualquier cosa. Ahora que nuestra realidad está puesta en jaque, la propuesta es seductora: replantear las relaciones eróticas que tenemos con nuestro cuerpo y nuestras sensaciones, explotar ese exceso de realidad que el caos aún no alcanza. Simplemente habrá que estar dispuestxs a sumergirnos en el viaje, buscar sentir y sentir diferente. Tal vez en esa aproximación nos encontraremos con una “nueva normalidad” en nuestras relaciones eróticas. Atar las manos o las piernas para ser libres de sentir diferente. Arrojar a los brazos de Eros con otra libertad. 📍



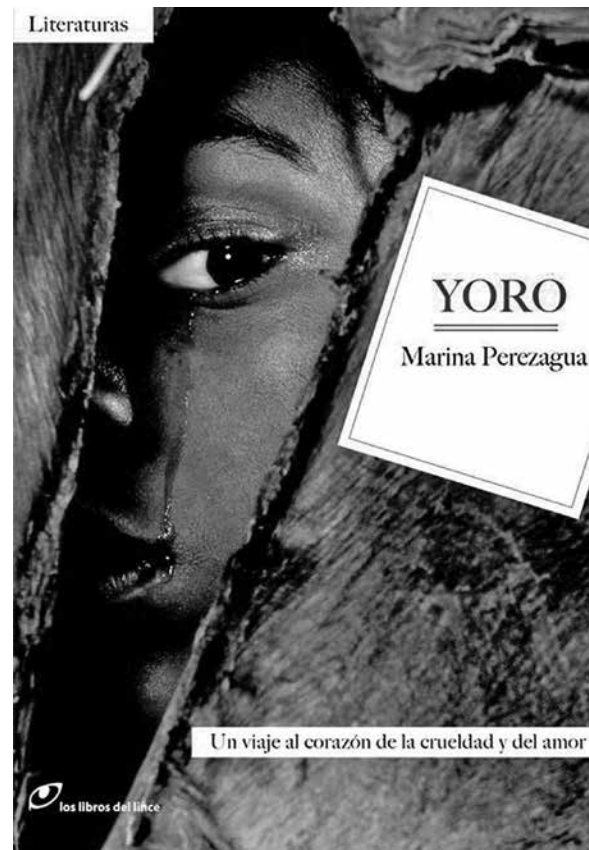
📍 Sandra Blow. El Festín NIVE Selina, enero 2019

Erohomo: DIY No-Shibari, una de las primeras experiencias a distancia que propone *El Festín*, se realizó el 26 de junio de 2020.

La experiencia fue guiada por los *performances* de Aura Arreola e Iraís Bermejo, con una improvisación musical de Rogelio Sosa. En ella participaron 120 personas.

Marina Perezagua o los arrullos de la guerra

EDUARDO CERDÁN



Marina Perezagua.
Yoro.
Los libros del Lince.
Barcelona, 2015, 320 pp.

Ciencia ficción, *noir*, literatura fantástica, ficción histórica: las etiquetas se trastocan, se tuercen, se resignifican en la obra de la española Marina Perezagua. El cuento “*Little Boy*”, incluido en su libro *Leche* de 2013, fue el germen de su primera novela: *Yoro*, publicada dos años después. Narradora de lo cruel y lo inquietante, Perezagua hizo que su relato creciera, lo ramificó, le insufló aún más vida, y con ello urdió una ambiciosa novela de más de 300 páginas que mereció el Premio Internacional “Sor Juana Inés de la Cruz” 2016 otorgado por la FIL Guadalajara.

A Marina Perezagua le interesan el contrapunto y el análisis —mediante la ficción, lejos del panfleto— tanto de los sinsentidos de la violencia como de la multievocada “banalidad del mal”. Dentro del libro de 2013, “*Little Boy*” dialoga abiertamente con “*Leche*”, el cuento que da título al volumen y acaso una de las joyas mejor guardadas de la cuentística iberoamericana reciente. En este relato, unos soldados japoneses son los victimarios de una madre china y su bebé en el contexto de la segunda guerra sino-japonesa, mientras que en “*Little Boy*” la mirada está puesta en los japoneses no como victimarios, sino como las víctimas de la bomba atómica.

Igual que el cuento germinal, *Yoro* parte de los hechos del 9 de agosto de 1945 en Hiroshima, y tiene como protagonista a H: una persona hermafrodita que es criada como varón hasta su adolescencia, cuando la explosión la despoja de su sexo masculino y empieza a vivir como mujer: lo que él, ahora ella, siempre ha querido. Un personaje intersexual. Desconocemos el verdadero nombre de H, quien —eso sí lo sabemos desde la primera página— ha cometido un crimen. Se autonombra H

porque, dice, “se me negó siempre la voz y un español me dijo que en su idioma la *h* es la letra muda”.

La paternidad/maternidad es el *leitmotiv* de *Yoro*, dividida en nueve capítulos (“meses”) más uno llamado “Alumbramiento”, que narran lo que pasa entre 1942 y 2014, entre Hiroshima y la República Democrática del Congo. El mayor anhelo de H es tener un hijo y, como tiene un útero a medio formar, se da cuenta de que la única posibilidad de cumplir su deseo estaba en los genitales masculinos que la bomba le quitó. Por ello el personaje Jim cobra un papel preponderante: se trata de un soldado estadounidense que fue prisionero de guerra de los japoneses, y al que le encomendaron —como parte de sus deberes militares— la crianza de una bebé nipona, Yoro, durante sus primeros cinco años de vida, al término de los cuales se la arrebataron, se la llevaron sin decir a dónde.

Asentada en Nueva York luego de que una familia norteamericana la adoptara tras su recuperación, H conoce a Jim —17 años mayor— en 1960, cuando ella aún no cumple los 30 años, e inician una relación sentimental. En la pareja protagonista aparece una vez más la doble condición de víctima y victimario: H, japonesa, es víctima de los estadounidenses; Jim, estadounidense, lo es de los japoneses. El caso, en fin, es que ahí está el motor del libro: H y Jim se empeñan en averiguar el paradero de la niña, y con ese propósito en mente visitan Nuevo México, Borneo, Queimada Grande... ¿Dónde está Yoro, su “hija en común”?

Tour de force a nivel estilístico y argumental, el libro va y viene de lo fantástico a la crónica, de la alegoría a la divulgación científica, y avanza, intenso, hasta el momento en que una H anciana viaja a la República Democrática del Congo —ya sin Jim, aún en busca de Yoro— y se esclarece la naturaleza del crimen anticipado desde la primera página. Es entonces cuando la novela alcanza un punto climático altísimo sobre el cual no vale la pena abundar, pues aunque *Yoro* no sólo depende del factor sorpresa, Perezagua

—cuentista al fin— sí se vale de él para potenciar su novela.

Dentro de la versión al inglés de *Yoro* a cargo de Valerie Miles, Marina Perezagua cuenta en su “Author’s Note” que la novela es una especie de ajuste de cuentas con, a la vez que tributo para, el pasado. Nieta de la guerra civil española, arrullada con relatos de horror y de muerte, Perezagua asume que existe gracias a la resistencia de sus antepasados, y dice que hablar de una guerra que no es de su patria —como lo hizo en *Yoro*— significa aceptar que cualquier guerra es la guerra de todos.

Marina Perezagua logró en *Yoro* una obra potentísima que lanza a sus personajes hacia situaciones en las que ternura y vileza conviven y se suceden, la una a la otra, de manera vertiginosa. Es notable, digo por último, la estructura de *Yoro*, diseñada como el uróboros: la serpiente que come su cola. Redonda, densa, en un constante e insospechado juego de espejos, se trata de una novela que pone bajo el lente importantes reflexiones sobre el duelo, la familia, el amor, el cuerpo —siempre el cuerpo—, la guerra y la tendencia autofágica de los humanos.

Pero aun en medio de la bruma más oscura, parece decirnos Marina Perezagua, siempre hay espacio para la luz. **P**

La culpa de ser madre

CASANDRA PARIS LEÓN

Casas vacías, de Brenda Navarro, lleva a los lectores a un ambiente doloroso a partir de la desaparición de un niño autista de tres años para hablar de la maternidad no planeada e impuesta por la sociedad. La novela fue publicada originalmente en formato digital en 2018 por Kaja Negra y se mudó en 2019 a Sexto Piso, donde se reeditó.

En la narración hay una voz que habla sobre la desaparición de su hijo Daniel en un parque y otra que habla del robo de Leonel en el mismo lugar. La primera voz es de una madre por accidente y la segunda de una por necesidad. Ambas son mujeres estafadas por la maternidad a partir de esos momentos. ¿Acaso se deja de ser madre cuando se pierde a un hijo? ¿Se puede ser madre de uno robado? Ellas cuidan a alguien por impulso, por complacer a los demás, por accidente; y, pese a que desean ser madres ideales, la realidad se opone para que no lo sean. Se encuentran vacías sin sentir la felicidad prometida por la maternidad: “Nunca quise ser madre, ser madre es el peor capricho que una mujer pueda tener”, dice una de las protagonistas.

La madre de Leonel vive violencia doméstica a diario, guarda con dolor un aborto espontáneo por el que la revictimizaron y enfrenta la noticia de que es hija de una violación. Ella no se ve como habría querido, no pensaba vivir todo eso. “Yo quería educar a una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa”. Si ella no podía ser libre de su pasado ni borrar sus moretones, tal vez podría criar a una niña que necesitara de ella incondicionalmente, que encontrara amor y la oportunidad de crear un camino sin la violencia que ella vivió.



Brenda Navarro.
Casas vacías.
Sexto Piso.
México, 2019, 164 pp.

La madre de Daniel no planeó ser madre. “Hay quienes nacemos para no ser buenas madres y, a nosotras, Dios debió esterilizarnos desde antes de nacer”. Ella vive con la culpa de haber aceptado un embarazo sin pensar que sería para siempre, y de haber perdido a su hijo por mensajearse con su amante. Se da cuenta de que alberga la vida y la muerte de éste: “Luego no fui madre y ése fue el problema. El problema es que seguí viva por mucho tiempo”. Lleva consigo a su hijo que desapareció guardado en una carpeta del ministerio público y la indiferencia de su esposo y su amante ante el dolor de ya no tener a su hijo.

Las protagonistas sin nombre no se acercan ni un poco al mito de la maternidad. Viven con el sentimiento de que no quisieron ser madres, de que preferían cuidarse ellas mismas y no a un hijo, de que habría sido mejor criar un niño sin autismo y poder enfrentar y dejar a sus parejas. La decisión de ser madre no les trajo una sonrisa eterna, sino un constante arrepentimiento y un vacío insoportable.

El papel de los hombres es bastante significativo en la maternidad de cada protagonista. La madre de Daniel sabe que “todos los hombres juntos son más ruidosos y estruendosos que todas las mujeres y sus lágrimas”, y la de Leonel, que debe ser fuerte para protegerse y enfrentar la violencia de su esposo. Estos hombres no empatizan con las mujeres en sus problemas con la maternidad, sólo las critican y les piden que olviden su duelo sin tomar en cuenta que el hijo era de ambos.

Los monólogos femeninos de ambas historias evidencian que el único lugar donde pueden decir de qué se arrepienten es en su pensamiento. Ahí hablan de su dolor, de su tristeza, de su enojo y de su nostalgia. Los lectores somos testigos de dos madres que no fueron madres, que al no encontrar la maternidad las inundó un vacío sin esperanza. P

XVII Concurso de Crítica Teatral Crítico / Teatro UNAM



Artaud, el peso que flota en un nombre

FABIÁN ÁVILA ELIZALDE

Artaud. ¿Cuánto pesa una nube?

Dirección: Clarissa Malheiros y Juliana Faesler

Teatro Santa Catarina

Temporada del 18 de octubre al 6 de diciembre de 2019

 José Jorge Carreón


La creación de una puesta en escena acerca de un personaje como Antonin Artaud representa un reto de envergadura diametralmente opuesta al peso de una nube, pues estamos frente a un autor en cuya obra la complejidad y sus alcances no se ciñen al territorio escénico, en el que ya es en sí brújula y mapa, sino que se desborda en múltiples recovecos del acontecer humano. *Artaud. ¿Cuánto pesa una nube?*, la propuesta teatral de Clarissa Malheiros y Juliana Faesler acerca del pensador y creador multidisciplinario francés, es un andamiaje preciso de nociones intelectuales y afectivas sobre su vida y obra.

Al ingresar a la caja negra del Teatro Santa Catarina, todas las cavilaciones sobre el peso de una nube se condensan ante nuestro contacto visual con una cabeza que nos mira mientras parece flotar por los filos de una probable puerta abierta. A partir de este momento, accedemos a una travesía singular por la vida de Artaud: su madre y su niñez; los delirios de Lacan sobre su condición psiquiátrica; sus reflexiones en torno al cuerpo, al espíritu, a la toxicomanía, al dolor, al infinito y a la angustia; la literatura, el teatro y la radio; su viaje a México; su burla a la ley; la muerte y el amor.

En este recorrido monológico, Malheiros nos toma sutilmente de la mano con una interpretación minimalista, donde el gesto contenido es una de las decisiones de dirección más atinadas, pues no sucumbe a la tentación de representarlo con gestos desmedidos y desorganizados, sino que se abisma en las profundidades del alma y los cuestionamientos de un humano frágil, preso de la enfermedad y brutalmente visionario aun en el desborde de la locura. Estamos ahí, de frente a un personaje complejo de carne y hueso que invoca nuestras lágrimas, risas o suspi-


ros de asombro. Clarisa Malheiros deviene una chamana que nos sana e inquieta a través de la trágica vitalidad de su personaje; es notable el manejo del universo sonoro de la obra, pues estamos ante una propuesta atractiva e inusual que deja ver una minuciosa investigación de las posibilidades expresivas de la voz amplificada a través de un micrófono.

La dirección del espacio escénico, a cargo de Faesler y también de Malheiros, enuncia lo que el texto no dice. Los elementos en escena poseen una carga poética que termina por convertirlos en una suerte de personajes que nos cimbran con sus profundas revelaciones, una cama, un estepicursor —nube del desierto—, un zapato atado a la cama de hospital de donde emerge la figura del doble-marioneta para declarar la imposibilidad y el probable anhelo de todo ser humano: poseer dos cuerpos para aliviar los dolores, la angustia, la enfermedad y la muerte. Es impresionante cómo el manejo de elementos inanimados refiere, sin hacer uso de la palabra, a conceptos esenciales del pensamiento de Artaud: el cuerpo sin órganos, el teatro de la crueldad, el misticismo rarámuri.

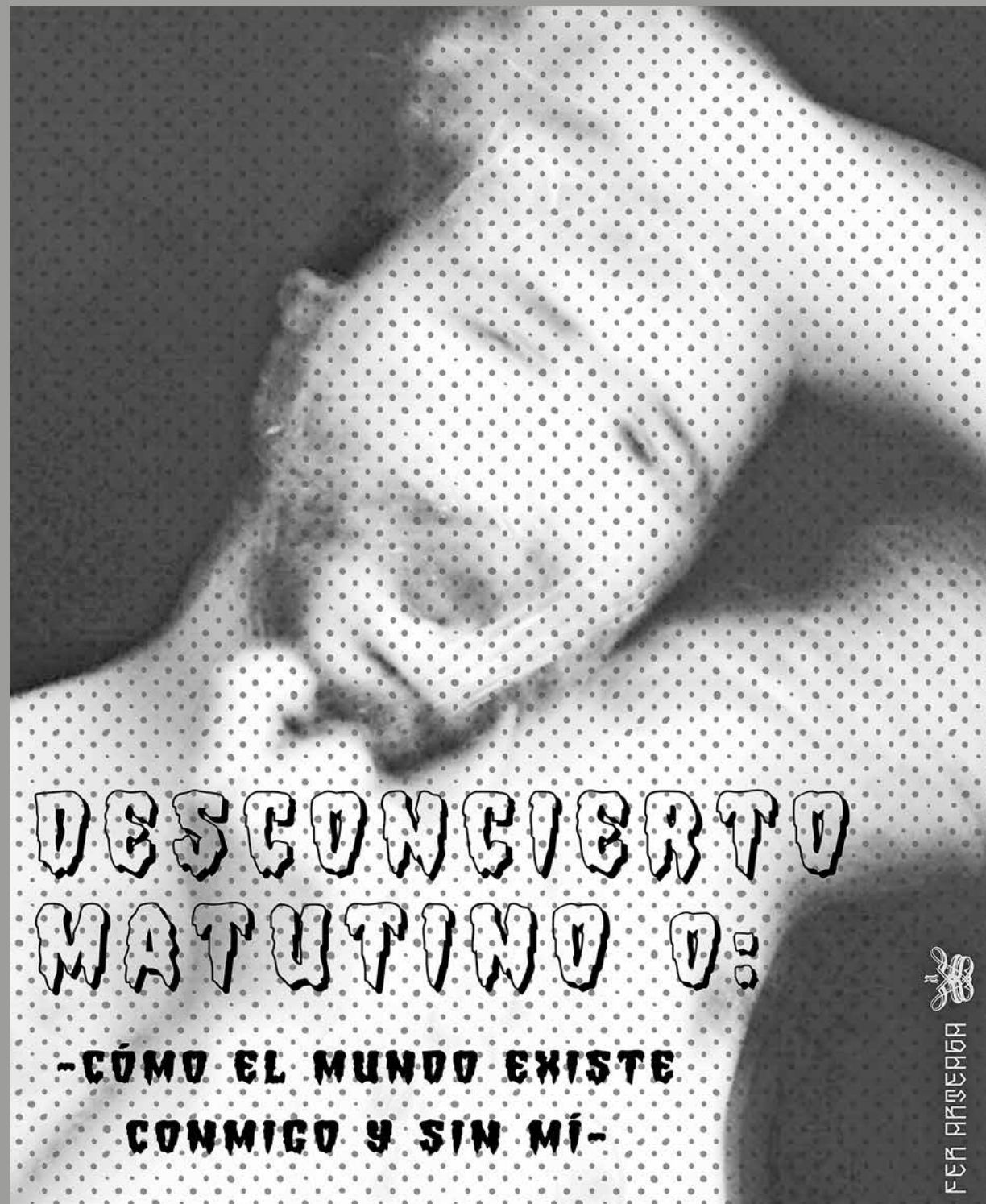
En resumen, *Artaud. ¿Cuánto pesa una nube?* es un trabajo de comunión estética que denota la misma empatía que más de una persona sentirá al aproximarse a la complejidad de ese gran otro que fue Artaud, incomprendible para algunas comunidades psiquiátricas, artísticas y políticas de su época, pero que en cada posible espectador, hoy, despertará inquietudes emancipatorias ante nuestros tiempos atroces. 





 Ely Granados. De la serie *Piel entera*

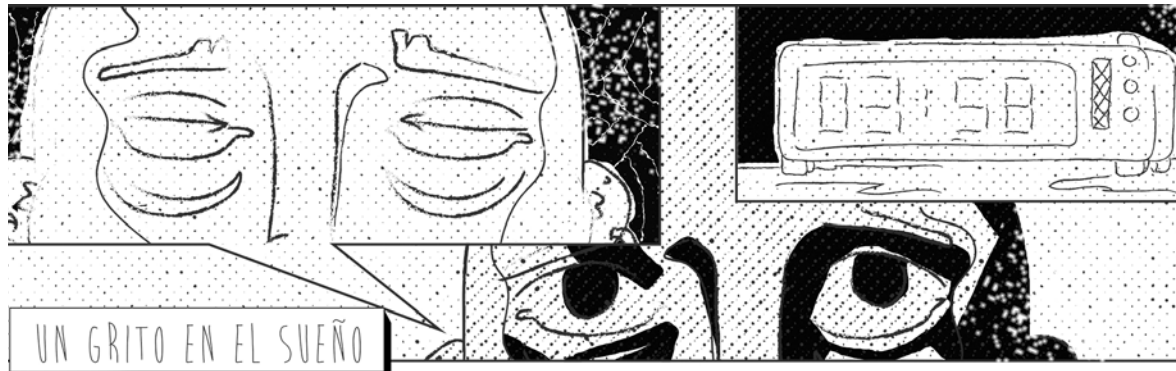
TINTA SUELTA



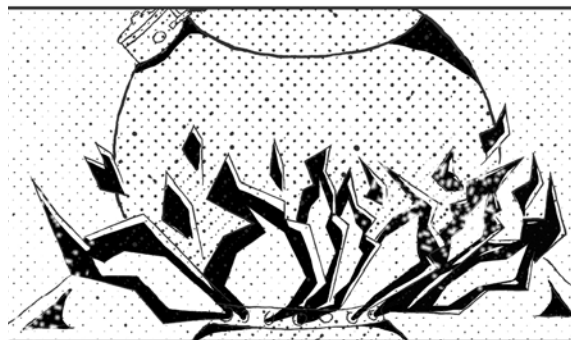
DESCONCIERTO MATUTINO O:

-CÓMO EL MUNDO EXISTE
CONMIGO Y SIN MÍ-


FER ARSERBA



UN GRITO EN EL SUEÑO



DÍA CON DÍA,
EL ROSTRO SE CONFUNDE
UN CÍRCULO GRITANDO
LOS MIEDOS SE EXPRESAN



TANTAS LUCES, TANTO RUIDO.
NO LOGRO ENTENDERTE.
LA INCERTIDUMBRE ME ABRUMA.



¿TE HAS DADO
CUENTA DE LA
BELLEZA EN TUS OJOS?

!!?

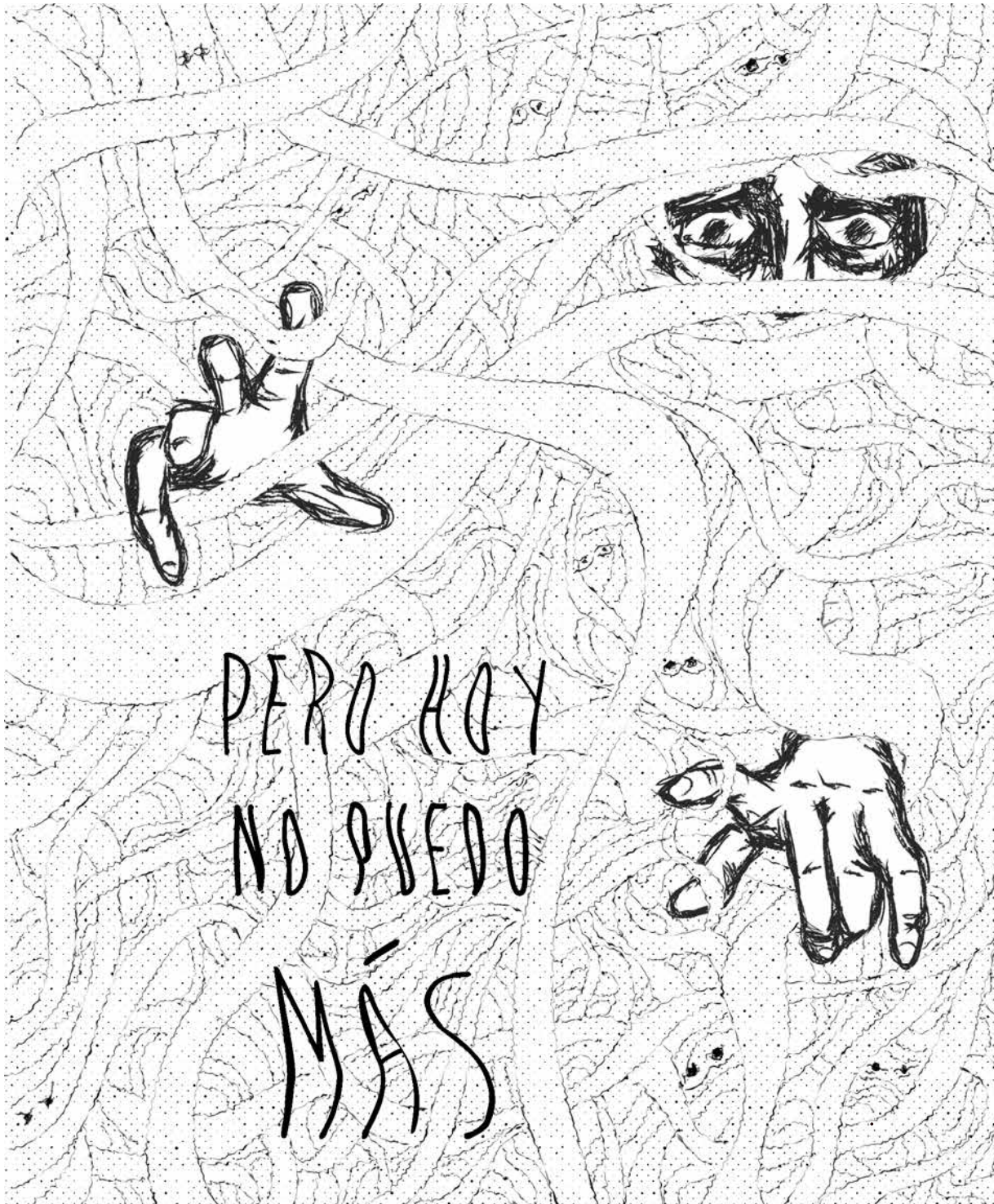


SOY TAN PEQUEÑO Y
ES TAN AGOTADOR.
A VECES SE ME OLVIDA
QUE AYUDA VIAJAR EN ESPIRAL.

GOIA
El Sueño
de la
Razón

MIS OJOS SE HUMEDECEN, LO INTENTO.
DE VERDAD LO INTENTO.

UN GRITO ME HA DESPERTADO.
OTRO SUEÑO QUE ME INSPIRA.



Josué Ledesma
(Ecatepec de Morelos, 1987). Gestor, docente y escritor. Es autor de *Cenicero* (2017, 2019), *Ocho entre ocho. Hidalgo: Crítica, crónica y comunidad* (2019). Ha publicado en *Círculo de Poesía*. Fue becario del Festival Interfaz (2018).



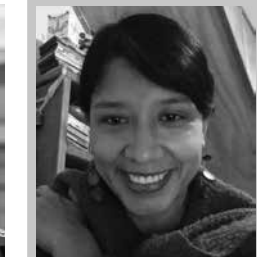
Zoé Méndez Ortiz
(Ciudad de México, 1992). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Escribe teatro, cuento y colabora en la producción de medios audiovisuales. Algunas de sus obras han sido montadas y publicadas en México y el extranjero. En 2019 fue becaria del FONCA.



José Luis Zapata
(Acapulco, 1995). Estudió Letras Hispánicas en la UAM. Fue becario del PECDA (2016). Es autor de *Autopista del sol* (2017).



Fredy Villanueva
(Morelia, 1995). Egresado de la Facultad de Letras de la UMSNH. Autor de *William* (2018, Premio de Poesía Joven Alejandro Aura). En 2018 fue becario del PECDA.



Adriana Ventura (Cruz Grande, 1985). Maestra por la UNAM. Ha publicado las *plaquettes*: *Geografía negra* (2013), *La rueda de Gabrielle* (2014), *Elogio a las rain boots que no tengo* (2015) y *Café Bausch* (2015), y el libro *Boceto de una vida sin casa* (2018, Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2016). Actualmente es becaria del FONCA.



Adrián Hernández Noguez (Ciudad de México, 1999). Estudiante de Ciencias de la Comunicación en la FCPYS UNAM.



Josu Roldán Maliachi
(Ciudad de México, 1992). Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la FFYL UNAM. Docente e investigador.



Casandra Paris León
(Ciudad de México, 1997). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM. Hace *collage* análogo y digital.

 [te.de.rosas.collage](https://www.instagram.com/te.de.rosas.collage)



José Arturo Cauich Canto
"Cac" (Mérida, 1996). Estudiante de Historia en la UADY. Ha colaborado en *Enchiridion*.



Ian Ballardo Oviedo
(Ecatepec, 1998). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFYL UNAM.

• COLABORADORES •



Natalia Conde (Ciudad de México, 1995). Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM.

Natalia Conde

NatCConde



Arturo Molina (Ciudad de México, 1991). Egresado de Ciencias de la Comunicación por la FCPYS UNAM. Ha publicado en *Milenio Digital*, *Letralia*, *Liebre de Fuego* y *Penumbria*. Es autor de *Espinas* (2019, VII Premio Nacional Noveles Escritores de Bolivia 2016).



Luis Romani (Tuxtepec, 1994). Egresado de Letras Hispánicas por la UV. Fue ganador del concurso de escritura del Festival Internacional de Escritores en San Miguel de Allende 2018.



Ana Escalante (Guanajuato, 1993). Redactora y editora de contenidos. Estudia la maestría en Ciencias Biológicas en la UNAM.



Fernando Vanegas (San Cristóbal, Venezuela, 1993). Es autor de *Tropical Guetto* (2016) y *Cuentos para leer mientras acaba la fiesta* (2016). Ganador del xxxv Concurso literario del Colegio Mayor Universitario Isabel de España.



Mad Max (Ciudad de México, 1987). Escritor y traductor. Ha publicado en *Novelistik*. Autor de obras de poesía y narrativa. Realizó estudios de posgrado e investigaciones en México y Europa.

Alfredo Drôlek

baldheadedkp@gmail.com



Joan Malinalli (Mérida, 1994). Cursa la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la FFYL UNAM. Ha publicado en *Primera Página*, *Efecto Antabus* y *Feminopraxis*. Ha colaborado en dos exposiciones colectivas con obra pictórica: *Epifanía yucateca* (2015) y *Still Life* (2017).



Omar Castro Guadarrama (Ecatepec, 1997). Egresado de la licenciatura en Estudios Latinoamericanos de la FFYL UNAM. Actualmente cursa la carrera de Creación Literaria en la UACM. Fue seleccionado en el concurso Postales Literarias 2018 del CDyDFC en la FFYL.



Miranda Bonfil (Ciudad de México, 1995). Estudiante de Historia en la FFYL UNAM. Forma parte del equipo editorial de *Hydra* y es facilitadora de proyectos comunitarios en áreas rurales. Ha publicado en medios impresos y electrónicos.



Héctor Justino Hernández (Córdoba, 1993). Narrador y ensayista. Publicó la *plaquette Dimorfismo* (2019). Ha publicado en *La Palabra* y *el Hombre*, *Criticismo* y *Ágora*.

• COLABORADORES •



Eduardo Cerdán (Xalapa, 1995). Narrador, editor y docente en la UNAM. Autor de *Pasos en la casa vacía* (2019). Ha publicado en los suplementos de *El Universal*, *La Jornada* y *El Nacional*; en revistas como *Letras Libres*, *Revista de la Universidad de México* y *La Palabra y el Hombre*, y en varias antologías. Textos suyos se han traducido al inglés y al francés.

Eduardo_Cerdan



Valeria Aguilar Altamirano (Ciudad de México, 1993). Licenciada en Filosofía por la UNAM. Cofundadora de *Giroscopio: cuerpos, comunidades, cuestionamientos*. Egresada de la Escuela de Ballet Folklórico de Amalia Hernández. Actualmente es bailarina del *Ensamble Al Mosharabia*. Tallerista y profesora.

GiroscopioCCC



Mariana del Vergel (Aguascalientes, 1998). Estudiante de Letras Españolas en la UGTO. Es fundadora del Encuentro Nacional de Revistas Literarias "Fernando Benítez" y directora editorial de la revista *Los Demonios y los Días*.

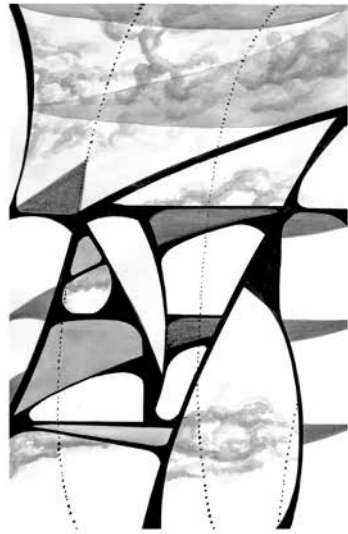
XVII Concurso de Crítica Teatral Criticón / Teatro UNAM



Fabián Ávila Elizalde (Ciudad de México, 1980). Artista, docente e investigador en torno al arte sonoro y la escucha. Estudió la Maestría en Música y Tecnología Musical y la Licenciatura en Psicología, ambas en la UNAM.

fabianavilaelizaldewordpress.com

• COLABORADORES •



Jonatán Linerio Quintero "Liino Thorien" (Ciudad de México, 1995). Diseñador gráfico egresado de la FES Acatlán, especializado en diseño editorial y teoría de la imagen. Es autor de novelas gráficas, de cómic y fundador de The Top Comics.

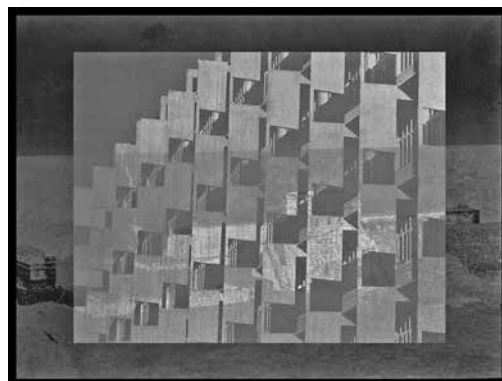
📷 liinothorien.oficial

Be Liino Thorien



Blanca Alaníz (Querétaro, 1989). Artista Visual. Maestra en Artes Visuales egresada de la FAD UNAM. Mención Honorífica en el XXXIX Encuentro Nacional de Arte Joven 2019. Fue becaria del FONCA en Gráfica (2018-2019).

📷 alancablr



• COLABORADORES •



Karina Santiago (Valle de Chalco Solidaridad, 1993). Artista Visual egresada de la FAD UNAM, donde cursó el diplomado "Gráfica menos tóxica". Ha participado en exposiciones colectivas de gráfica, fotografía y collage. Ha publicado ilustraciones en las revistas *Tlacuache* y *Encuentros 2050*.



📷 kardia.art

f kardia.mx

🌐 kardiawork.wixsite.com/misitio



Ely Granados (Ciudad de México, 2000). Estudiante de fotografía en la Escuela Activa de Fotografía.

📷 chu_graor

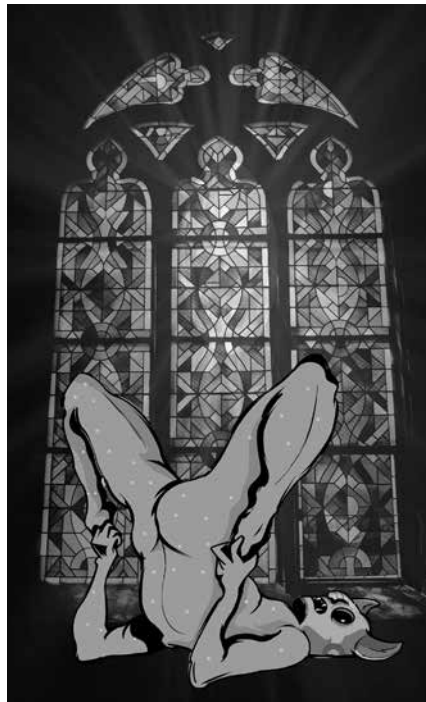


• COLABORADORES •



Salvador Cortazar "Ruzski" (Ciudad de México, 1988).
Diseñador, ilustrador y artista visual. Trabaja con agencias de diseño digital. Ha publicado en medios independientes como *Floated Magazine* y diversos blogs nacionales.

📷 ruzsiankid



Erika Arias Franco
(Ciudad de México, 1985).
Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la UNAM. Maestra en Antropología Social por la ENAH. Cursó el diplomado de Fotografía Contemporánea en la Academia de San Carlos.

📷 erika.arias.franco

📺 Imagen Acústica



• COLABORADORES •



Adhara Miguel (Ciudad de México, 1997).
Egresada de Diseño y Comunicación Visual en la FAD UNAM. Se especializó como ilustradora en la Antigua Academia de San Carlos.

Actualmente trabaja como ilustradora digital textil y como ilustradora *freelance* en el medio editorial.

📷 adharamiguel

📺 adharamiguel

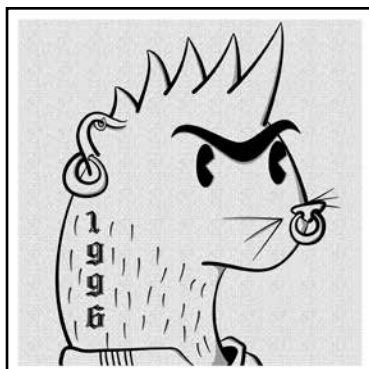


• COLABORADORES •

TINTA SUELTA

Fernando Arteaga (Ciudad de México, 1996). Diseñador gráfico y audiovisual egresado de la FES Acatlán de la UNAM. Segundo lugar en el XXVIII Concurso de Cartel "Invitemos a leer" (36ª FILIJ) y mención honorífica en el Concurso de Creatividad "Smart For a New Urban Joy" de Mercedes Benz en 2016.

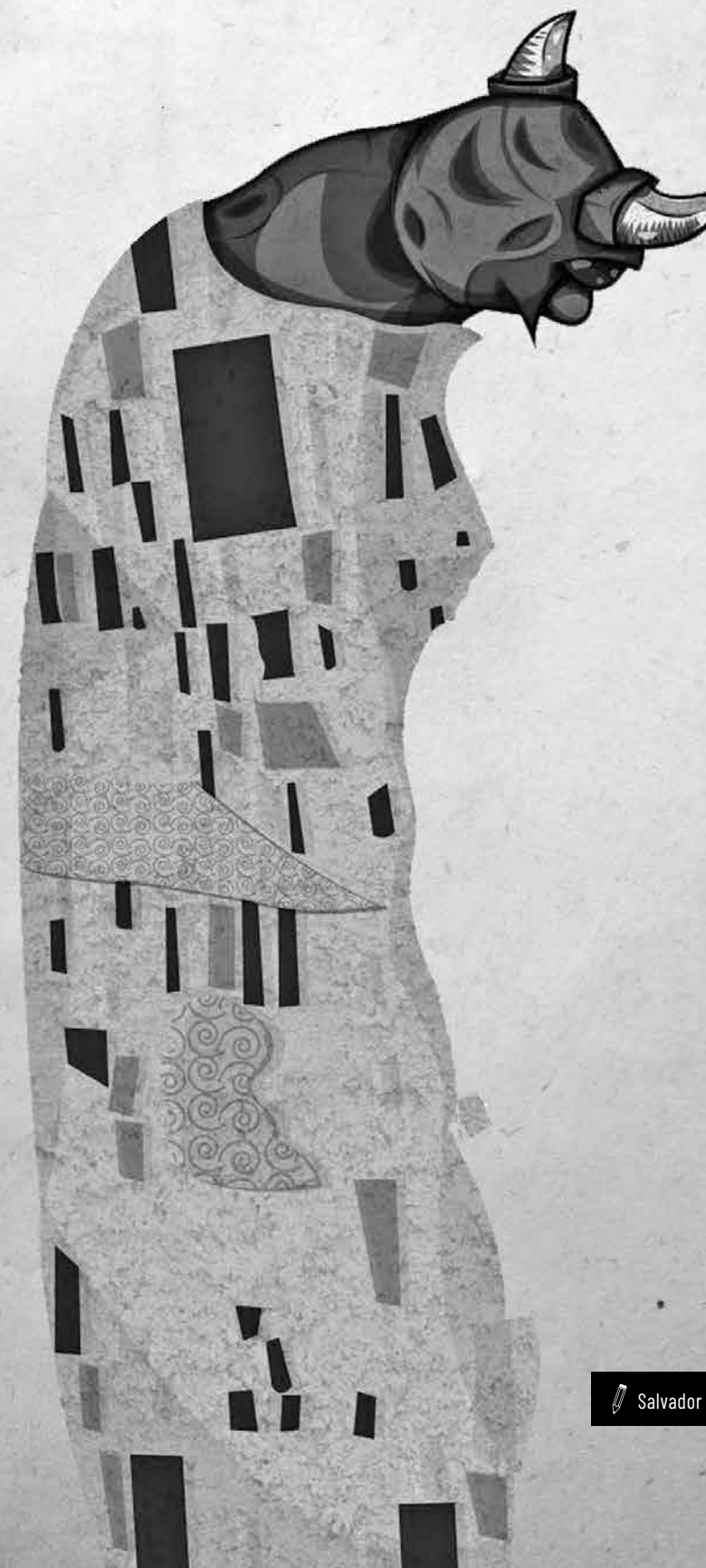
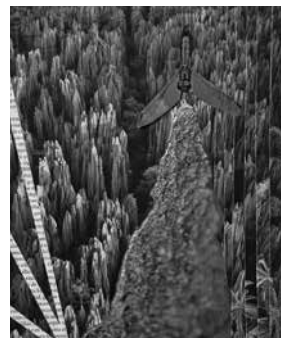
📷 [fer__arteaga](#)



A CONTRALUZ

Jessica Vázquez Enamorado (Ciudad de México, 1990). Cineasta en formación. Estudió Ciencias de la Comunicación con especialidad en Producción Audiovisual en la FCPYS UNAM. Ha colaborado en diversos proyectos de producción cinematográfica y publicitaria.

📷 [otrasobras](#)



📷 Salvador Cortazar "Ruzski". De la serie *Ama tus demonios*

